

La revolución verde oliva, Debray y la OLAS¹

Bajo el signo de Debray y la OLAS

El fantasma de la "lucha armada" recorre América Latina en 1967. No la realidad de la lucha armada generalizada sino su consigna. Y la ardua puja alrededor de tal consigna. Es decir que, hoy, la lucha armada como consigna encierra ante todo una lucha política y no armada. ¿Qué concepto político delata y oculta tal consigna? ¿Cuál su significado y valor? ¿Qué nos dice como línea divisoria entre la política cubana y la rusa? ¿Entre la revolución nacional y la coexistencia? ¿Qué nos revela sobre América Latina?

Dos hechos dominan, en este aspecto, la primera mitad del año en curso: el caso de Régis Debray y la primera conferencia de la OLAS (Organización Latino-Americana de Solidaridad) en La Habana. Con Debray se pone de relieve el aspecto teórico básico que guía la política cubana. Con la OLAS, se intenta el pasaje de los focos guerrilleros más o menos autónomos y espontáneos, a una etapa de mayor coordinación común, a través de la cual la "vía cubana" al socialismo quiere trasmutarse en "vía latinoamericana".

Haremos aquí una primera y breve aproximación para comprender tal intento. Las citas de textos serán numerosas y extensas, con el propósito de hacer una exposición fiel y completa de lo esencial.

I- El Caso Debray

Régis Debray pone a la luz la esencia práctica de la teoría cubana y su proyección latinoamericana. Teórico de la guerrilla es capturado en un foco guerrillero. Recordemos sucintamente las circunstancias. En marzo pasado el matutino "Presencia" de La Paz denuncia una actividad guerrillera. Inmediatamente el presidente Barrientos lo desmiente, pero a los cuatro días confirma la noticia. Las reacciones son dispares: oscilan entre el escepticismo y el alarmismo. El corresponsal de The New York Times informa entonces "Se supone que las guerrillas bolivianas sólo existen en la imaginación del Estado Mayor". Simultáneamente circulan rumores de pedido de ayuda a los gobiernos argentino y brasileño. Y como Barrientos no asiste a la Conferencia de Punta del Este que consagra el 14 de abril el Mercado Común Latinoamericano, en razón de no incluir en su agenda la angustiosa cuestión de la salida boliviana al mar, los chilenos aludidos reaccionan vivamente y el ministro Gabriel Valdés dice ante el Congreso que "se trataría de una burda comedia policial organizada por el Gobierno con fines vedados". Sin embargo, luego de diversas noticias sobre hechos de armas en las zonas de Lagunillas, Valle Grande, Capiro y Mayupampa, se anuncia oficialmente la detención el 20 de abril, en los alrededores de Santa Cruz, del argentino Alberto Fructuoso, el anglochileno Jorge Andrew Roth reportero gráfico, y el francés Régis Debray. En tanto que, hasta hoy, el único guerrillero capturado es el boliviano José Vázquez, hijo del historiador Humberto Vázquez Machicao, y que parece fugó, aunque haya quienes afirman fue asesinado por el Ejército.

Que en la región serrana de Ñancahuazú y las localidades de Lagunillas, Mayupampa y Camirí, rápidamente denominada "el triángulo rojo" por el brote guerrillero, se capturara a un joven intelectual europeo dio al asunto inusitada resonancia mundial, que seguramente no hubiera producido de tratarse meramente de un latinoamericano. Pronto se levanta un clamor internacional que pide por su vida encabezado por el general De Gaulle, el cardenal Feltin,

¹ Bajo el signo de Debray y la OLAS Revista Víspera, año 1, N.º 3, pp. 17 y ss. Octubre, 1967, Montevideo, Uruguay

Graham Greene, premios Nobel y Goncourt, etc. Seguramente se hará oír el infaltable Bertrand Russell. Pronto su madre se hace presente, la señora Alexandre Debray, política conservadora, de fortuna, católica y recuerda las palabras de Pablo VI "Hay que darse prisa. Hay injusticias que claman al cielo" para pedir justicia por su hijo. Lo cierto es que ha sido la presión internacional y las graves tensiones internas que han acentuado agudamente la inestabilidad del régimen de Barrientos, lo que ha obligado a éste, a regañadientes, a montar un proceso con algunas garantías aparentes, luego de marchas y contramarchas, largos silencios, crisis de gabinete, represiones mineras, y de anunciar "Debray es hombre muerto", anticipando resultados. Finalmente se puede entrevistar al detenido, y el general Ovando asevera que de los interrogatorios surge que sería el propio Che Guevara el jefe guerrillero. Pero esto no está confirmado, y todo parece indicar que lo es el boliviano Roberto Peredo Leigue, Coco, de 29 años, estudiante de derecho, taxista, casado y padre de tres hijos y con experiencia en el Vietnam.

El consejo de guerra contra Debray se ha iniciado en Camirí. Le deseamos a este francés que juega su vida por América Latina la mejor suerte. Pero el debido respeto y reconocimiento no deben inhibir de nuestra parte el análisis de sus tesis que trascienden la anécdota y a todos comprometen. Pasemos pues a lo que ha dado valor relevante al caso Debray: su innegable condición de ser no sólo el continuador de los planteos del Che Guevara, sino el de expositor sistemático de la política de la Revolución Verde Oliva.

Los escritos de Debray son como un compendio del pensamiento que anima la OLAS. Revela el sustrato teórico de la OLAS. Pues la importancia de Debray no es ser un joven intelectual francés, sino cómo ha logrado su personalidad intelectual en Cuba y no en Francia. No es un Sartre, consagrado, que viene a consagrar a los cubanos, sino un francés que se consagra por la consagración cubana. El tiempo ha corrido, y los papeles de la inteligencia se han invertido, bajo la fuerza de la realidad ya constituida. A Cuba no le dan patente, ella es la que da patente. ¿No es una cuestión interesante y de alcance muy general el hecho que el formulador teórico de la revolución cubana sea un hombre de directa formación universitaria europea? ¿Qué hace que los cubanos encuentren su portavoz más adecuado en un europeo, y que éste sólo pueda realizarse como revolucionario fuera de Europa? Pareciera que los intelectuales revolucionarios de Europa si quisieran evadirse de la "Republique des Lettres" tuvieran que emigrar al Tercer Mundo para unificar su vocación con su práctica. Y que a la vez, por el juego de los desniveles de densidad cultural, la realidad cubana no tuviera decantación suficiente como para engendrar por sí misma multitud de Debray que le permitiera exonerarse de Debray. ¿Colonizadores colonizados por los coloniales? ¿Coloniales que para descolonizarse recurren a colonizadores apóstatas? El asunto es muy vasto, complejo y riquísimo en sus connotaciones. ¿Acaso gran parte de la literatura sobre el Tercer Mundo no es de origen europeo, más que del propio Tercer Mundo? ¿Acaso, por ejemplo, la propia Iglesia para pensar nuevamente su situación latinoamericana, no ha tenido que recurrir más a intelectuales y expertos europeos que a los propios latinoamericanos? Claro que esto encierra muchas ambigüedades, y cada hecho tiene su propia originalidad que no es totalmente comparable a otras. ¿Pero acaso la verdad de Europa y EE.UU. no está en el Tercer Mundo, y viceversa? El, nacionalismo revolucionario constituyente del Tercer Mundo ¿no es el único "internacionalismo" real de nuestro tiempo? ¿Acaso no sentimos nosotros que las condenas abstractas a los nacionalismos, que no distinguen la índole de los dominadores y liberadores, son un flagrante resultado de los encubiertos nacionalismos dominantes, europeo y yanqui, que no profieren su nombre? Pues hoy la paradoja es que el auténtico "ecumenismo" pasa por el nacionalismo de los pueblos dependientes, y el "nacionalismo" por el internacionalismo abstracto de los pueblos

dominantes. La realidad se pone las máscaras al revés. Y esa rémora la tienen aún muchos intelectuales y expertos europeos que se solidarizan con América Latina. No es por cierto éste el caso de Debray.

La obra de Debray importa entonces por lo que tiene de obra cubana. A su modo, supo hacerse "escita entre los escitas". Sus aciertos y errores revelan a la vez la fuerza y las insuficiencias de la revolución cubana. Pues si cuesta muchos años entender con hondura el propio país, muchos más entender y trascender el ámbito balcanizado y común de América Latina, y Debray como "visiteur du soir" poco tendría que decirnos si no fuera porque es Cuba la que le dicta su verdad y asiento. Y esto incluso está corroborado porque su libro "Revolución en la Revolución" ha sido fruto de "diálogos extensos con Fidel Castro sobre todos estos tópicos durante casi un año, y muchos de sus juicios expresan simplemente la opinión del líder revolucionario latinoamericano"(1). Enjuiciar los juicios de Debray es enjuiciar los enfoques de la revolución cubana. No sabemos exactamente en qué grado, pero es un hecho que no es posible refutarlo o asentirlo como autor individual: el propio desarraigo de Debray de la realidad que interpreta, le hace más directamente tributario que nadie a las opiniones ambiente, de las que es mero trasmisor. Debray es así, en rigor, un altavoz: pone en servicio una buena formación universitaria extranjera, y escribe una prosa mucho más potable que la mayoría de nuestros izquierdistas aplastados por la tradición gris y asfixiante del stalinismo y/o la retórica vacua e iracunda que ha ganado para sí el adjetivo de "tropical". Buen y mal síntoma, que la revolución cubana requiera la prosa francesa, sobria y concisa, para expresarse en el nivel más intelectual.

Las obras de Debray son tres: "El Castrismo, la larga marcha de la América Latina" y "América Latina: algunos problemas de la estrategia Revolucionaria" publicados en la primera mitad del año 1965, y "Revolución en la Revolución" que aparece en enero de 1967 como premonición clara del derrotero político cubano que culmina en la reciente confe-rencia de la OLAS. Examinaremos por orden y sucintamente los puntos esenciales de estas tres obras, que forman de suyo una cumplida unidad.

Notas:

Las ediciones de las tres obras de Debray son ya innumerables en América Latina. Las citas serán:

A "América Latina: algunos problemas estrategia revolucionaria", Banda Oriental, Montevideo.

C "El Castrismo: la larga marcha de América Latina", Cuadernos de Marcha, Montevideo.

R "Revolución en la Revolución", Revista América Latina N9 1, Montevideo.

(1) R. pág. 4.

II- La Concepción global de América Latina

¿Qué idea tiene Debray de América Latina? ¿Cuál su visión totalizadora? ¿Cuál su percepción de la génesis histórica que funda su realidad actual y por ende las necesidades a que debe responder? Debray, recién llegado, sabe muy poco en profundidad de nuestra historia, aunque la verdad es que no lo han informado demasiado, pues los latinoamericanos en general tampoco tenemos un alto grado de claridad sobre el propio pasado común. Pero el punto de vista de Debray es en este aspecto de lo más raquítico. Y no le exime de ello el ser consciente que su visión es incompleta; podríamos decir que esa incompletez es demasiado completa. Es en "América Latina: algunos problemas de estrategia revolucionaria" donde más indicios hay para que se pueda exhibir su concepto fundamental.

El hecho primordial que rompe los ojos es la división de América Latina en una veintena de países. ¿Qué significa esto? ¿Cómo ha acaecido? ¿Hay veinte países por sí o balcanizados? Esta es una cuestión esencial, que decide todo el resto. Toda la estrategia y táctica política radica en la hondura de la comprensión histórica de América Latina. Debray sólo enuncia algunas generalidades vagorosas pero suficientes para determinar con precisión su concepto rector. ¿Qué es eso de la balcanización? Debray da una respuesta sumaria y curiosa: "la balcanización, herencia objetiva de las guerras intracontinentales del siglo XIX y principios del XX"(2). Por lo de "intracontinental" se deduce que los latinoamericanos nos hemos "autobalcanizado" por determinación propia, lo que da un sesgo singularísimo e invertido al concepto mismo de balcanización, que supone la intervención decisoria de potencias extranjeras. Pareciera que si algo hubo, lo fue por parte de Estados Unidos, con lo que se revela una gigantesca laguna no sólo acerca del ciclo emancipador latinoamericano, una falta total de verdadera conceptualización al respecto, sino en relación al proceso histórico de formación y deformación en los siglos anteriores a estos últimos cuarenta años. No basta para subsanar esto su escueta y generalísima referencia al Pacto Colonial. Así, nos explica luego mejor: "Y si el subdesarrollo no es, a su vez, un producto natural, sino el resultado de la historia, América del Sur extrae entonces su unidad de su historia Si para liberarse del yugo español tuvo que, militarmente, "existir en conjunto", hoy también debe ponerse a "existir en conjunto" para liberarse de los yanquis"(3). De tal manera, lo que aquí surge con claridad no es la unidad original sino lo contrario, la multiplicidad de comportamientos estancos original: éramos ya una veintena de naciones completas, y sólo a los efectos instrumentales de liberarnos del yugo español, nos procuramos una ocasional y restrictiva unidad puramente militar. Esta enunciación hace patente que Debray malentende todo el proceso independentista y, por supuesto, no puede sino darnos una imagen tergiversada y empobrecida de Bolívar, al que se refiere en ese falso contexto. ¿El existir en conjunto latinoamericano fue y será estrictamente militar? Nadie tenga la osadía de poner en duda el alcance de esta autobalcanización latinoamericana, pues Debray nos advierte: "Entendámonos, la existencia de naciones americanas separadas, y hasta hostiles las unas a las otras, es un hecho irreversible, y la lucha revolucionaria no puede ser sino un combate por la liberación nacional"(4). Seguramente, el imperialismo coincidirá en esto con Debray. Debray entiende por "nacional" la índole de los veinte países, dogmáticamente y sin el menor atisbo que es exigible en un análisis más serio. Y esto le lleva a no cuestionar críticamente las bases mismas de la dominación imperialista, y a permanecer dentro del terreno propio del adversario que quiere combatir. ¿Acaso ignora el significado de las formaciones nacionales europeas y cree que se pueden equiparar lisa y llanamente con la formación de los países semi-coloniales latinoamericanos? ¿No barrunta que juega con acepciones equívocas del concepto "nación"? ¿Acaso no sirve para encubrir, identificando procesos históricos totalmente heterogéneos y hasta de signo contrario? ¿Nación en Francia tiene el mismo sentido que en Panamá o en cualquiera de nuestros países? ¿No será aquí la forma jurídica de la alienación de la semicolonias, incapacitadas de un verdadero proceso de formación nacional? Debray ni imagina que esto se pueda plantear. Es disculpable, pues en casi medio siglo tampoco lo han imaginado los "científicos" de la historia del Partido Comunista en América Latina que, por lo contrario, no satisfechos con la veintena de presuntas naciones, haciendo una caricatura de Lenin, se han puesto a inventar nuevas "minorías nacionales" en América Latina. Por lo menos así fue hace unos años. ¿Qué diablos entiende Debray con su concepto de nacional? Quedamos en tinieblas. Y además ¿cree Debray seriamente en las vías propias al socialismo de cada país latinoamericano por separado, cuando el nivel de las fuerzas productivas de nuestro tiempo, la tecnología e industria modernas hacen anacrónica como unidad económica a la propia Francia que debe abrirse al Mercado Común Europeo y proyectarse políticamente en una unidad superior, so pena

de muerte? O de marginalidad histórica, que es lo que queremos decir. Así es: "Pero ni el retorno purista a la letra de la historia pasada, ni la evocación de un porvenir mítico (como lo es hoy en día los Estados Unidos de América), pueden disolver el hecho presente de la balcanización, a menos que se quiera traicionar las luchas actuales de cada nación remitiéndolas sin cesar a la unidad ausente de todas las naciones americanas"(5). Aparte que, suponemos, Debray quiso decir Estados Unidos de América Latina, nos asombra que le baste esgrimir a la "ausencia" como argumento. Eso es más bien propio de conservadores. ¿Acaso los revolucionarios no luchan por una gran ausencia? Debray para convencernos debería hacernos entender lo específico e histórico de esa ausencia. Pero además, si Debray cree que "la balcanización facilita así la colonización de los pequeños países bajo las formas más cínicas" (6). ¿Cómo se atreve entonces a calificar de traición al planteo de la cuestión nacional de nuestra Latinoamérica? ¿Acaso porque Lenin no estudió el asunto? Porque lo que él enfrentó fue la realidad de un Estado multinacional como el zarista, en tanto que nosotros somos al revés, es decir una nación dividida en una veintena de Estados, justamente por nuestra situación semi-colonial. ¿Acaso no hay una ligazón esencial e indestructible entre la posibilidad de la realización del socialismo y la posibilidad de la unidad nacional inconclusa y frustrada de América Latina? ¿Son tareas separables? ¿La una previa de la otra? Debray ni se molesta en formularse seriamente la pregunta decisiva, la rechaza sin examen, despectivamente y nos amenaza con el estigma de "traidores" en pos de un "bello sueño".

Para Debray no hay cuestión nacional latinoamericana. No hay auténtico replanteo global de nuestra historia, que prosigue en los moldes alienados de las semicolonias caricaturas de naciones, y sólo hay coordinación militar. Piensa al respecto lo que su antípoda, los Estados Unidos con su FIP. Y tan ensañado está con la idea de la unidad nacional latinoamericana, que se extrema y nos dice: "América del Sur no es todavía un continente"(7). ¡Valdría la consulta a cualquier manual de geografía! Sin embargo Debray, como la OLAS y tantos otros, nos habla de Revolución Continental. Esta es también consigna ahora común de los Partidos Comunistas, ellos también tributarios de la balcanización, y donde un Rodney Arismendi tiene la oportunidad de informarnos con esa grotesca idea de "Revolución Continental" de cómo un concepto geográfico se trasmuta por no se sabe qué alquimia en un concepto político. Pues Revolución Continental evoca más bien terremotos geológicos que políticos.

Por lógica consecuencia de sus premisas iniciales, Debray puntualiza que "Si con derecho se puede hablar de "la" Revolución Latinoamericana, no es causa de la América Latina, sino dialécticamente, a causa de Estados Unidos su enemigo común"(8). De tal modo la unidad de América Latina es absolutamente extrínseca, foránea, pues de suyo es mera colección. Hay la causalidad externa de los yanquis, no hay causalidad interna sino mera respuesta mecánica. ¡No cabe menos dialéctica en un profesional de la dialéctica! Y prosigue siempre reafirmando su punto de partida extrínsecista: "Ahora bien, el retraso y la división de los partidos revolucionarios en América Latina resultan dramáticos, pues quiéranlo o no, están unificados por la fuerza, desde afuera, en su situación y su estrategia. La Revolución Cubana ha sellado, a pesar suyo, y de ellos, esa unidad"(9). ¡Siempre el más desenfrenado mecanicismo! La multiplicación de los "afueras" que misteriosamente se hacen "dentro".

En suma: Debray refuerza en su enfoque la balcanización de América Latina y se opone explícitamente a todo planteo de la cuestión nacional. Esa congelación del status imperial no le impide clamar por la unidad y cooperación continental de los latinoamericanos. Es que la miserable idea de "continental" nos pone al filo de la navaja, es ambigua, pues si por un lado niega la cuestión nacional latinoamericana, por otro lado pone de relieve, enmascaradamente,

la madurez del proceso de unificación nacional latinoamericano, que nos empuja inexorablemente a plantearlo con plena conciencia. Aquí, las premisas de Debray son contradictorias e ingenuas. Lo grave es que este círculo vicioso no sea sólo de Debray sino también, hasta hoy, de la revolución cubana. Esta no plantea la cuestión nacional latinoamericana como esencial, y queda a mitad de camino. Afortunadamente, aquí y allá se levantan otras voces, incluso dentro del castrismo. Así el venezolano Douglas Bravo, jefe de las FALN, en un extenso reportaje publicado el 17 de diciembre de 1966 en la revista mejicana "Sucesos", enuncia claramente: "Ya Bolívar veía la necesidad de unificar a todos los países de América Latina, veía la necesidad de construir una sola república. . . Diremos en primer lugar, que la América Latina tiene -la nación de América Latina, la gran república de América Latina-. . ." Que esa ceguera cubana (la de los PC tiene otro origen) tiene sus razones profundas no hay duda, pues quizá radique en la propia historia de Cuba, que fue marginal al gran proceso de la primera emancipación latinoamericana de comienzos del siglo XIX, y sólo logró su independencia cuando la balcanización latinoamericana estaba ya coagulada en varias décadas. En tanto que Douglas Bravo es de Venezuela, que fue uno de sus epicentros creadores. Es la diferencia que media entre tener a sus propias espaldas a Bolívar o a Martí. Cuba debe elevarse de Martí a Bolívar. Oscuramente, a tanteos, lo está haciendo. No estamos aún frente a un planteo en profundidad, pero sí en el buen principio del camino. Los términos básicos comienzan a ponerse.

La historia de América Latina en la década del 60 está dominada por el hecho insólito de la Revolución Cubana. Sus repercusiones convulsionan todos los viejos esquemas y situaciones. El estremecimiento colectivo ocasionado ha sido el paso más fuerte para la toma de conciencia común de los países latinoamericanos, arrojando sobre el tapete, directamente y sin tapujos, la Revolución Latinoamericana, a la orden del día, trascendiendo los límites parroquiales de cada país y poniendo, a pesar suyo, a la luz la cuestión nacional de la unidad latinoamericana, a la que acepta y evacúa a la vez con el pseudo-concepto de "Revolución Continental", que sólo es una frágil y espuria transición hacia el de la Revolución Nacional Latinoamericana. Pero también la Revolución Cubana nos aporta otras originalidades, ya no a pesar suyo, sino por voluntad expresa

Notas:

Las ediciones de las tres obras de Debray son ya innumerables en América Latina. Las citas serán:

A "América Latina: algunos problemas estrategia revolucionaria", Banda Oriental, Montevideo.

C "El Castrismo: la larga marcha de América Latina", Cuadernos de Marcha, Montevideo.

R "Revolución en la Revolución", Revista América Latina N9 1, Montevideo.

(2) A. pág. 29.

(3) A. pág. 21.

(4) A. pág. 31.

(5) A. pág. 31.

(6) A. pág. 30.

(7) A. pág. 21.

(8) A. pág. 21.

(9) A. pág. 34.

III- La Revolución verde oliva: ¿Medida o Excepción?

1- El Modelo Cubano

Cuba es un hito fundamental: el primer régimen socialista latinoamericano. Con ella, las revoluciones socialistas han pasado de Europa, Asia y África a América Latina. El socialismo ha abierto su camino concreto en América Latina y se ha elevado a foco irradiante desde la isla caribeña. ¿Cuál es su mensaje? ¿Cuál la originalidad cubana? No es difícil enterarse, a pesar del encubrimiento que efectúan la leyenda negra y la leyenda dorada, presurosas cortinas de humo de distinto signo que se alían en desfigurar el perfil cubano. Ambas operan sin cesar, pero quien se aferre a la verdad como condición de toda acción justa, debe preocuparle aventar tanto una como otra leyenda. Dejemos retóricas y romanticismos de un lado, y procuremos una visión despejada y desmitificada, a través de la exposición objetiva de Debray, para tentar una aproximación más directa a la realidad.

¿Qué nos dice de sí, a través de Debray, la revolución verde oliva? "La Revolución Cubana ofrece a los países hermanos una respuesta que hay que estudiar en los detalles de su historia: mediante la construcción más o menos lenta, a través de la guerra de guerrillas librada en las zonas rurales más propicias, de una fuerza móvil estratégica, núcleo del Ejército popular y del futuro Estado Socialista"(10). Aquí está ya resumido lo fundamental: foco guerrillero y campo, avalados por el éxito de la toma del poder y la realización del socialismo. "Cuba ha recordado en primer lugar que la revolución socialista es el resultado de una lucha armada contra el poder del Estado burgués"(11). "Históricamente, Cuba ha dado la arrancada a la revolución armada en América Latina. Esa arrancada, irreversiblemente efectuada a partir de una línea justa en lo esencial"(12). Así, Cuba reflexiona sobre sí misma y acuña el Modelo del proceso revolucionario latinoamericano: su aporte específico es la teoría y práctica del foco guerrillero en el ámbito rural. Y ese aporte específico se convierte en lo esencial del proceso revolucionario. El castrismo define su ser por la esencialidad del foco guerrillero, y Debray rubrica: "Como táctica revolucionaria, el castrismo ha sido sometido al test de la práctica y ha dado su prueba irreversible: Cuba"(13). Cuba es el paradigma que asienta y verifica las tesis de Debray. Por eso es Cuba Modelo y no Excepción. La demostración cabal de las tesis exigiría pues dos etapas:

1) que Cuba verifica realmente esas tesis y

2) que éstas no se restringen a la situación cubana, sino que es lícito proyectarlas sobre el resto de América Latina, en razón de una analogía radical de situaciones.

Pero vayamos por partes.

La originalidad cubana no es por cierto meramente una apología de la violencia, ni el reconocimiento obvio que una revolución social implica de suyo un punto crítico de pasaje violento. Nadie puede dudar que los tránsitos globales de un sistema social a otro son siempre en la historia tránsitos pictóricos de violencia, que desborda la violencia habitual del statu quo. La originalidad cubana reside en la concepción política del "foco guerrillero". Y la verdad de esa concepción, se nos dice, está atestiguada por el hecho de la propia Cuba. Aquí está toda la cuestión La medida cubana, es la medida del foco guerrillero. Y así, toda conducta revolucionaria será medida, considerada revolucionaria o no, en función del foco guerrillero. ¿Qué vale la identidad revolución-foco guerrillero? No es esto igual a revolución-violencia, porque el foco guerrillero es sólo una forma particular, específica de violencia. ¿Qué significa? ¿Cuáles sus consecuencias? ¿Cuáles sus verdaderas raíces?

La teoría cubana, a pesar de las grandes transformaciones y vicisitudes políticas del régimen revolucionario, se ha ido manifestando con una rara continuidad y perseverancia desde principios de 1959, desde el embrión de unos artículos del Che Guevara, como "Proyecciones sociales del Ejército Rebelde" (Humanismo, enero-abril 1959) hasta su libro "La Guerra de Guerrillas", escrito en su mayor parte en 1959 y publicado en 1960, es decir, antes del pasaje a la definición socialista (abril 1961) y luego de marxista-leninista (diciembre 1961). Se ha ido reiterando una y otra vez, con nuevas connotaciones y a la luz de nuevas experiencias. Decía el Che Guevara en su libro "La Guerra de Guerrillas":

"Consideramos que tres aportaciones fundamentales hizo la revolución cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América Latina, son ellas:

1. Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército.
2. No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas.
3. En la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo".

Conocido es el profundo estrépito guerrillero acaecido, y que aún persiste, decayendo y, como Anteo, retomando fuerzas a cada caída en tierra. Han corrido más de ocho años y podemos preguntar con Debray: "¿Qué queda de la teoría del foco? ¿Ha sido invalidada por los hechos o por el contrario, se ha templado, se ha fortificado en la prueba? El primer examen evidencia un fracaso casi completo, exceptuadas Venezuela y Guatemala, después de 1959, fecha a partir de la cual América entró en una fase intensiva de guerrillas de las que emerge hoy, dolorida y enriquecida, capaz de crear las bases de una lucha armada victoriosa"(14). Debray hace el recuento de las diferentes frustraciones, a las que cabría agregar ahora las de Camilo Torres, De la Puente Uceda, Turcios y tantos otros. ¿Qué enseñanzas extrae Debray de esas experiencias negativas, prolongando así en nuevo nivel las formulaciones de Guevara? Trataremos de hacer primeramente un resumen objetivo de los puntos básicos. Es necesario discernir con precisión la índole y las condiciones de foco guerrillero. Establecer sus implicaciones políticas, que son numerosas e importantes.

2- ¿Qué es el Foco Guerrillero?

En primer lugar, Debray muestra que la teoría del foco no tiene relación alguna con las posiciones de Blanqui, socialista revolucionario europeo del siglo pasado, teórico de la minoría decidida y férrea que toma por asalto el poder. "El error más grave sería considerar el foco como el resurgimiento de cierto blanquismo". "El foco no tiende de manera alguna a conquistar el poder por sí solo mediante un golpe de audacia. No intenta tampoco conquistarlo mediante la guerra, o por una derrota militar del enemigo: cuenta sólo con poner a las masas en condiciones de derrocar por sí mismas el poder establecido. Ciertamente, es minoría pero a diferencia de las minorías actuantes del blanquismo, no pretende unir a las masas después de la conquista del poder, sino antes, y hace de esa unión previa la condición sine qua non de la conquista final". "La segunda característica del foco que lo opone radicalmente al blanquismo, consiste en que no apunta a una victoria relámpago, ni tampoco a un resultado rápido de la guerra revolucionaria. El foco quiere conquistar el poder con y por las masas"(15).

"Evidentemente, no hay otra vía revolucionaria que la que pasa por la incorporación consciente de las masas a la lucha, vale decir, por su educación revolucionaria"(16). Esto, como bien señala Debray, es una perogrullada, es decir simplemente que la vía revolucionaria pasa

necesariamente por arraigar en el pueblo. Lo que importa, subraya Debray, es cómo "educar a las masas". Sin duda, las formas son innumerables y situacionales. Pero ¿no habrá una forma privilegiada e indispensable? La respuesta es afirmativa: la forma ejemplar es el "foco". Todo debe estar subordinado o en función del foco. Pues, ante la realidad actual de América Latina, que Debray define, ante todo y sobre todo, como caracterizada por la expansión y perfeccionamiento militar del imperialismo norteamericano, de sus métodos coactivos y represivos que obligan a preguntar ¿qué hacer?, Debray responde, buscando una cierta analogía con la situación bajo la autocracia zarista rusa:

"En un régimen "autocrático" sólo una organización minoritaria de "revolucionarios profesionales" teóricamente muy capacitados y prácticamente entrenados "según todas las reglas del arte", para hacer triunfar la lucha revolucionaria de las masas. En términos castristas: es la teoría del foco, del centro insurreccional del cual el Che Guevara ha expuesto las condiciones de desarrollo en "La Guerra de Guerrillas"(17). Y bien, con la perspectiva del tiempo pasado y la serie de trágicos fracasos acumulados, así "como una visión cubana, más rica del conjunto de América Latina, pues se ha proyectado incesantemente más allá de la isla, ¿qué conclusiones extraer? Debray enumera ocho, de desigual importancia, pero todas de alcance y en conexión profunda las unas con las otras.

1º. El reclutamiento, el entrenamiento militar y la preparación política del primer núcleo combatiente deben ser mucho más severos que en el pasado.

2º. La lucha armada como arte, sólo tiene significado dentro del marco de una política concebida como ciencia. O sea que:

"a) el estallido de un foco de guerrilla rural está subordinado a un análisis político riguroso y b) el foco no excluye por definición las luchas pacíficas de masas realizadas por los sindicatos, en el parlamento, en la prensa, aunque la experiencia de Venezuela demuestra que las formas de lucha legales, precarias, no pueden durar largo tiempo después del comienzo de la lucha armada, o pueden aspirar a segregarse del foco y desarrollar vida propia con vistas a prescindir de la lucha armada"(18).

3º. La organización política militar no puede ser diferida. No se puede dejar al desarrollo mismo de la lucha el cuidado de ponerla en marcha. "Según parece, las condiciones post-cubanas - disminución del efecto sorpresa en favor de la guerrilla y mayor preparación política militar de los enemigos- no permiten en este punto el mismo empirismo que en Cuba"(19). Desde el foco se hará la pirámide que establecerá los necesarios contactos del campo y la ciudad. "Esta pirámide no se dará nunca antes de la instalación del foco pues sería entonces necesario esperar mil años para comenzar la revolución"(20).

4º. La necesaria subordinación de la lucha armada a una dirección política central no debe provocar la separación de los aparatos político y militar. "Todos los dirigentes castristas, a la manera de Fidel, han dirigido en persona el foco guerrillero. No hay movimiento castrista en abstracto, hay dirigentes revolucionarios que en cada país retoman la tradición indeleble del caudillismo, imprimiendo su estilo a una organización nacional, después de haberse probado a los ojos de todos los militantes". "La decisión castrista de fundir la dirección política y la dirección militar, análoga en esto a la tradición bolchevique y aún más a la china, resulta inescusable"(21).

5º. La lucha armada sólo es realizable en el campo. En la ciudad se degrada. "Ya se conocen los argumentos irrefutables del Che Guevara a este respecto: como quiera que un foco insurreccional ataca el eslabón más débil, debe cuidarse de las zonas urbanas como de los

eslabones más fuertes de la cadena, es decir, de los lugares donde están concentrados todos los cuerpos represivos y administrativos del Estado y donde las clases más desamparadas están mis o menos integradas a la sociedad"(22). Luego Debray hace una comparación entre la guerrilla urbana y la rural, donde el primitivismo de los modos de vida se convierten en la raíz moral de la conciencia proletaria, lo que no deja de ser una teoría por lo menos paradójica e insólita: "Un joven combatiente de un foco rural se formará políticamente mucho más rápido que un guerrillero urbano. Si para este último todo puede reducirse a una serie de operaciones "heroicas", aisladas de su contexto, antes y después de las cuales deberá volver a la atmósfera normal de la vida urbana, con todas las facilidades a las que lo ha habituado la vieja sociedad, el guerrillero en el campo estará sumergido en un contacto permanente y directo con el mundo exterior, con los campesinos y con la naturaleza, y la operación propiamente militar sólo será un detalle o un momento más. Dicho de otro modo, la acción urbana es discontinua; para el guerrillero urbano cada operación se basta a sí misma. Por el contrario, lo esencial de un campamento campesino es crear sin cesar sus condiciones de vida. En la primera y más larga etapa de lucha, es y será su actividad principal y no el combate militar que debe, por el contrario evitar. Sembrar, cazar, cosechar, recolectar, en fin, sobrevivir, es en la selva americana un trabajo sacrificado y heroico. De este modo, en sus comienzos, el foco no podrá sobrevivir sino en la medida en que obtenga el apoyo campesino, el foco está soldado al medio congénitamente... Estas condiciones materiales llevan ineludiblemente al foco a proletariarse moralmente y a proletarizar su ideología. Así sus miembros sean campesinos o pequeños burgueses, el foco guerrillero se convierte en un ejército de proletarios. Es así como la guerra de guerrillas opera siempre una mutación profunda de los hombres y de su ideología, eso es por ejemplo, el porqué hubo en Cuba un desnivel político entre los dirigentes de las organizaciones urbanas del propio 26 de Julio, del Directorio 13 de Marzo y hasta con los dirigentes del Partido Socialista Popular, que no podían imaginar que la revolución fuera tan rápida y hacia el socialismo (...)" "Por el contrario, el combatiente de la guerrilla urbana tiende a vivir en un medio abstracto de su medio natural (la ciudad, el trabajo ordinario, los amigos, las mujeres, etc.) en obsequio a su seguridad y de la seguridad de la organización... La soledad necesaria, la fugacidad de las relaciones humanas, el mutismo, el enclaustramiento, todo aquello está simbolizado por la noche, el momento por excelencia de la acción urbana. Distinción del día y de la noche, extraña en gran medida al guerrillero del foco que vive día y noche en la montaña, es decir, ni en el día ni en la noche, sino en la penumbra, sin sol, tibio y protegido, donde la columna permanecerá invisible de día y de noche, tanto para el avión como para el tránsito del sendero vecino"(23).

6°. En la América subdesarrollada sólo se puede propagar de manera duradera la ideología revolucionaria entre las masas campesinas a partir de un foco insurreccional.

Y bien, hemos alcanzado ya seis de los enunciados esenciales de Debray, y nos faltan dos, los más significativos y que dan pleno sentido a los ya expuestos.

Cabe anotar, antes de seguir adelante, que el análisis de Debray para dar razón de ocho años de fracaso guerrillero en América Latina, se localiza exclusivamente en la consideración de la guerrilla misma y no en el análisis de los diferentes contextos sociales en que intentaron operar. Pareciera que la historia es en la guerrilla, y no la guerrilla en la historia. Pareciera que la historia en que se inserta la guerrilla como tal, no es considerada como esencial, sino presupuesta siempre como relativamente homogénea. Debray hace entonces una apreciación de la guerrilla y su mecánica en sí, abstracta de las realidades en que ha operado. Sólo señala que las enseñanzas recogidas nos dicen que la guerrilla deberá mejorar su reclutamiento y

entrenamiento militar. Y que la preparación política debe ser más rigurosa, "científica", lo que conduce necesariamente a la pregunta acerca de la riqueza y exactitud teórica del marxismo-leninismo en su comprensión de la realidad latinoamericana. Aquí surgirán luego grandes dudas, pues Debray, como veremos, tiene opiniones bastante negativas en cuanto al valor ideológico del marxismo latinoamericano. Sin embargo, esto parece no preocuparle demasiado, por cuanto finalmente nos enteramos que las más primitivas condiciones de vida rural son raíz y explicación de cómo el foco actuará en la línea justa, pues "esas condiciones materiales llevan ineludiblemente al foco a proletarizarse moralmente y a proletarizar su ideología". Desconocíamos esas virtudes mágicas de la vida guerrillera, que pondrían en cuestión el sentido urbano-industrial del "proletario". Es que Debray parece contraponer, al modo de los viejos conservadores pero al revés, la antigua e ignara letanía acerca de la mayor salud de la vida campestre en relación a la corrupta vida urbana. Pero ahora los fines son revolucionarios. Sabemos sí que el campesinado tiene en América Latina una importancia inmensa, que los PC han sido incapaces de penetrarlo, y que el foco intenta una respuesta en ese sentido. Pero desconocíamos todas esas extraordinarias "mutaciones" y connotaciones. Sin embargo, el asunto no es tan sencillo, y si hay errores no son tal como aparecen, pues debemos calar más hondo, ir más hondo en los términos políticos que están aquí implicados.

Para eso, debemos pasar a los dos últimos enunciados: el relativo al castrismo como nacionalismo revolucionario y el de sus relaciones con los Partidos Comunistas, presuntas vanguardias.

3- El Nacionalismo Revolucionario

7°. Revolución democrática burguesa o revolución socialista: un falso dilema. "Una de las polémicas que dividen a las organizaciones revolucionarias es la que plantea el problema de la naturaleza de la revolución. En una palabra, a la tesis sectaria de influencia trotskista de la revolución socialista inmediata, sin etapa previa, se opone la tesis tradicional en ciertos partidos comunistas, de la revolución agraria antifeudal, llevada a cabo con la ayuda pero en realidad bajo la dirección de la burguesía nacional. Por encima de las dos tesis, muchos piensan que la revolución es un proceso indefinido, sin etapas separables, que aunque no parte de una reivindicación socialista, conduce inevitablemente a ella cuando la vanguardia del proceso revolucionario representa sinceramente a las clases explotadas. Tal parece ser la enseñanza de la Revolución Cubana".

"Pero la Revolución Cubana enseña también que el nudo del problema no está en el programa inicial sino en el hecho de que ella ha resuelto prácticamente el problema del poder del Estado antes de la etapa democrática burguesa y no después. Cuba pudo convertirse en un Estado Socialista sólo porque en el momento de realizar sus reformas democráticas nacionales el poder político ya estaba en manos del pueblo. Es por eso que la discusión actual respecto al programa de la revolución -revolución democrática burguesa o revolución socialista- plantea un falso dilema que en la práctica, retrasa en los hechos el comprometerse seriamente en la lucha concreta de un frente unido anti-imperialista... En pocas palabras, parece que en América del Sur la etapa democrática burguesa de la revolución supone la destrucción previa del aparato del Estado burgués... Estas polémicas incansables no sirven más que para dividir al movimiento revolucionario y ocultar a las masas el problema que condiciona todos los otros: la conquista del poder y la eliminación del ejército burgués".

"Si bien es mucho más difícil, "después de Cuba", integrar una fracción importante de la burguesía nacional a un frente anti-imperialista, este último puede y debe ser todavía el objetivo

número uno. Pero al parecer este frente no puede constituirse más que en la práctica de una lucha revolucionaria y, lejos de contradecir la existencia de un foco armado y resuelto a luchar, implica una vanguardia agitadora que en ningún caso puede esperar que ese frente esté plenamente constituido en el papel, entre los organismos de dirección, para desatar una lucha armada. Tal es quizás la más grande paradoja del castrismo: su carácter a la vez radical (condicionar todo a la toma del poder) y antisectario (nadie, ningún partido o ningún hombre puede monopolizar la revolución). Evidentemente, la paradoja deja de serlo cuando se toma a la práctica como criterio y referencia fundamental de la verdad teórica"(24).

Llegamos aquí a la determinación esencial del castrismo. La teoría del foco, es la teoría del castrismo, la teoría de la propia historia refleja del castrismo, y a la vez el castrismo, elevado a arquetipo a través de la teoría del foco se proyecta hacia América Latina. Lo singular que la teoría del castrismo es como una anti-teoría, un pragmatismo elevado a teoría o una pura praxis de suyo teórica. Es la confianza en que la práctica del foco de suyo generará la teoría correcta, y que esa teoría correcta será inevitablemente el marxismo leninismo. "Históricamente, lo que se llama castrismo es una acción revolucionaria empírica y consecuente, que ha encontrado en su camino al marxismo como su verdad"(25).

"Lo que da tanta fuerza a la Revolución Cubana es la ausencia de ruptura entre lo que es socialista, y lo que ha sido nacionalista. Asimismo puede decirse del "castrismo" que el hecho de no haberse separado de sus raíces históricas y americanas le asegura, al mismo tiempo, un lugar dentro del marxismo y al lado del leninismo. Fidel Castro jamás ha renegado de sus orígenes ni de lo que ha hecho, él ha interpretado su trayectoria pasada de revolucionario no marxista, prolongándola y transformándola desde adentro"(26).

"Al descubrir a todos que el nacionalismo latinoamericano implica la caída final del estado semi-colonial y por tanto la destrucción de su ejército y la instauración del socialismo, el castrismo bien merece la definición de "nacionalismo revolucionario", sin agotar con esto su contenido"(27).

"Una dialéctica superficial haría entonces del castrismo una síntesis a posteriori de las dos corrientes nacional e internacional, nacionalista y comunista. Pero este juego correría el riesgo de dar al castrismo una ideología, el castrismo no es un título, una vanguardia constituida, un partido o una sociedad de conspiradores ligada a Cuba. El castrismo no es más que el proceso de recreación del marxismo leninismo a partir de las condiciones latinoamericanas y a partir de las condiciones "anteriores" de cada país. No tendrá, por lo tanto, nunca dos veces el mismo rostro. De país a país, sólo puede vencer con la condición de sorprender. Desoímos incluso que el rótulo desaparezca. Porque el castrismo o el leninismo redescubierto y adaptado a las condiciones históricas de un continente que Lenin desconocía, está en vías de pasar, se quiera o no, a la realidad de las estrategias revolucionarias"(28).

Recapitulemos. Debray dice que las etapas clásicas de la conceptualización marxista no se distinguen en el proceso castrista, y por ende no es preciso distinguirlas en el proceso general latinoamericano. El castrismo configuraría un continuo, "indefinido, sin etapas separables", lo que haría falso el dilema de tareas democrático-burguesas y socialistas. Sin embargo esta afirmación no resiste el más fugaz análisis, puesto que, no hay duda, la revolución verde oliva se desplaza entre 1958 y 1960 en una fase netamente democrático-burguesa y luego, desde el poder se genera su metamorfosis hacia el socialismo. Este presunto continuo indiferenciado tiene fases perfectamente discernibles, aunque es obvio no están "separadas". La separación no es condición para que se puedan o no distinguir esas dos fases principales del proceso. Así

parece totalmente desprovisto de fundamento y mero acertijo decir que la etapa democrático burguesa de la revolución "supone la destrucción previa del aparato del Estado burgués". Afirmación gratuita, que denota graves confusiones: supone que la destrucción del Ejército mercenario de Batista se identifica sin más con el "aparato del Estado burgués", y olvida además que la liquidación de ese ejército se produjo porque éste perdió pie, casi de golpe, en todas las clases sociales cubanas, e incluso todo respaldo norteamericano. Fue así aniquilado por desfonde, casi sin combatir. Este hecho notorio y singularísimo no puede escamotearse: por lo menos es exigible un análisis previo de las circunstancias, para avalar tan increíbles afirmaciones, antes de aventurarse a generalizaciones temerarias. Porque hay que dejar bien en claro qué tipo de revolución fue la que destruyó al ejército batistiano, y no esconder las cartas en la manga y luego venir con prestidigitaciones pueriles, para inocentes incautos. La Revolución Cubana demostró sí que cuando un ejército pierde pie en todas las clases y en el imperio dominante, ese ejército se disgrega. Lo que es muy distinto a postular, como lo hacen el Che Guevara y Debray, que el ejército fue destruido por la guerrilla. Esto es pura mitología, apta para causar estragos en cerebros juveniles. Fue además un ejército que cayó porque aún la revolución verde oliva no tenía un pelo de comunista, al punto tal que luego esto permitió, a los que el vertiginoso proceso de radicalización revolucionaria fue dejando por el camino, clamar por la "traición a la revolución". Claro, se referían a la primera etapa y no querían la segunda. De tal modo no es dirimir el dilema propuesto saltar por sobre él y tomar un pseudo-problema como en sí, condicionante de todos los otros: "la conquista del poder y la eliminación del ejército burgués". Abstraccionismo mágico del peor.

Pero lo realmente importante, aunque no afecte el dilema clásico de las etapas de la revolución democrático-burgués-socialista, es lo referente al nacionalismo revolucionario. El castrismo no niega las etapas, sino que pone a luz que un mismo sujeto puede asumir ambas etapas, aunque con obvias mutaciones internas. Que las dos etapas no requieren dos sujetos actores separados. Eso es lo que confunde Debray, la continuidad del sujeto con la continuidad indiferenciada de las etapas. Es decir, que un movimiento nacionalista popular, aún con propósitos iniciales democrático-burgueses, como ser la reforma agraria, o con consignas de independencia nacional, puede y debe en la dinámica de un proceso consecuente trasmutarse desde sí mismo en revolución socialista. Que bajo las condiciones actuales de América Latina, un nacionalismo popular consecuente desemboca lógicamente en planteos socialistas. Y esto sí se hace más evidente. Y es sobre este punto que gira el auténtico pensamiento de Debray y el castrismo, mucho más que en las fórmulas estereotipadas, sustitutivas y falaces como las anteriormente expuestas, que sólo sirven para embrollar la verdadera cuestión planteada: que el nacionalismo revolucionario por su propia lógica requiere y apunta, para su propio desarrollo, el socialismo. Y en esto estamos de acuerdo.

Es así como se traslada la cuestión de las etapas, no a las etapas mismas, sino al sujeto realizador; a que pueden ser efectuadas por un mismo movimiento nacionalista que sufre las mutaciones requeridas por dentro: y no para perder su identidad, sino para salvarla como nacionalista. De tal modo, el castrismo afirma la necesidad de los movimientos nacionales como más esencial y anterior a la pura e inmediata proclamación de la revolución socialista. Esta es su diferencia tanto con las teorizaciones "socialistas" de la Monthly Review o algunos despistados trozkistas, que nada tienen que ver con Trotzky, como con los enfoques tradicionales de los Partidos Comunistas latinoamericanos. Veremos luego qué consecuencias tiene con los PC el replanteo verde oliva. En suma: que una revolución nacionalista de suyo tiende a trasmutarse en socialista, es muy claro, salvo que se resigne a empantanarse y frustrarse. Pero que ese socialismo sea pura y simplemente el materialismo marxista-leninista, ya no nos parece en absoluto necesario. Lo

que fue no es norma eterna de lo que será. ¿No ha ocurrido ya, además, en los procesos de socialización, por ejemplo, de las revoluciones nacionales egipcia y argelina?

El castrismo se descubre a sí mismo como nacionalismo revolucionario. Y bien, ¿cómo se considera en relación a los otros nacionalismos latinoamericanos que han hecho sus experiencias en las últimas décadas? ¿Cuáles sus continuidades y rupturas?

a) Foco contra Golpe - Diferencia de Método

Debray nos dice que el "golpe" es la manera habitual de resolver la cuestión primordial del poder en América Latina, y que "la primera negación del castrismo es el golpe de Estado". "Esta negación que parece elemental adquiere un relieve capital en un Continente en el cual la importancia del Poder y la ausencia de otro poder aparte del estatal, han instaurado desde el comienzo de su independencia ese rito latinoamericano por excelencia: el golpe". ¿Qué es el golpe? "Una acción relámpago en la cumbre, allí donde el Ejército generalmente cumple el papel de actor principal o de árbitro". ¿Y por qué no el golpe? Debray contesta: porque "tiende necesariamente hacia la derecha". "La violencia organizada pertenece a la clase dominante. El Golpe de Estado, que manipula dicha violencia lleva el sello de esa clase"(29).

Así, sobre el presupuesto que el golpe de Estado, aún ligado a sectores nacionales, tiende necesariamente hacia la derecha, Debray termina: "Teniendo en cuenta estas formas habituales de acción revolucionaria constituye, pues, una verdadera pequeña revolución la que cumple el castrismo al rechazar como método de acción el golpe de Estado, la insurrección militar o el putsch, aun cuando ellos estén ligados a una organización civil"(30).

La contraposición Foco-Golpe es como la colisión de dos abstracciones herméticas y endurecidas. Dos mazacotes. Esa lucha de ideas platónicas en la cabeza de Debray, poca relación tienen con la realidad. ¿Cree acaso que con el concepto genérico de Golpe agota la naturaleza propia e individual de los acaecidos en Siria, Irán, Egipto, Argentina, Brasil, Venezuela, etc.? ¿Cree que puede eximirse del análisis de cada golpe, de su contexto histórico-social y sus contenidos, que son siempre cambiantes? Debray nos remite a sumarios análisis de los procesos encabezados por Getulio Vargas y Perón, donde llega a afirmaciones como estas: la naturaleza reaccionaria del Estado Novo o que Perón hacia el fin de su mandato parecía reconciliarse "con la oligarquía nacional" ¡Del mandato que terminó con la Revolución Libertadora! Semejantes lagunas respecto a Argentina y Brasil, países decisivos en América Latina, invalidan de cuajo especulaciones un tanto erráticas.

A ninguna política puede ocurrírsele proclamar ni negar la vía del golpe de Estado como panacea o infierno. Todo depende siempre de la circunstancia concreta, de las fuerzas que lo respalden, de la ideología que lo mueva, etc. Golpe de Estado es un concepto formal, pero en los hechos puede revestir múltiples contenidos y desplegarse o precipitar una revolución social o todo lo contrario. ¿Qué es eso de que tienden necesariamente a la derecha? La historia desmiente tal dogma, y entonces esa ritualidad habitual de que nos habla Debray está más en su cabeza que en la realidad, pues para entender hay que ir siempre más allá de los rituales. Pero esto está ligado a una idea simplista del Ejército, lo que se conecta con una idea aún más simplista del Estado, al que presenta lisa y llanamente como el monopolio e instrumento de violencia de la clase dominante, exonerándoles de alentar en su propio seno las mayores contradicciones de la sociedad que pretenden regir, en razón de su esencia desgarrada. Estado y Ejército no son pura y simple identidad con la clase dominante. El asunto es mucho más complejo, pero no vamos a internarnos ahora en sendas reflexiones sobre el Ejército y el Estado: basta lo dicho para revelar la visión infantil y ultra izquierdista del Estado y el Ejército de Debray. Contraponer Foco y Golpe,

nos parece así propio de una logomaquia. ¿Quiere acaso Debray reemplazar la "ritualidad latinoamericana" del golpe con una nueva ritualidad? La idea de ritualidades políticas como formas y condición de cambio, poco tiene que ver con la política. La comparación formal de foco-golpe es una primera diferencia, según Debray entre el nacionalismo revolucionario cubano y los otros. Pero hay que ir más a los contenidos. Veamos.

b) Comparación de los nacionalismos

Pero retomemos la pregunta. "¿Qué relación existe entonces entre el castrismo y las ideologías nacionalistas? Hay varias".

"Tomemos primero el caso del nacionalismo burgués que reclama el desarrollo industrial nacional y la construcción del Estado Nacional ora por la vía de un proteccionismo comercial, ora por vía de la construcción de una industria pesada, ora por la integración y consiguiente ampliación de los mercados nacionales al nivel de varios o de la totalidad de los países latinoamericanos (mercado común latinoamericano, ALALC, etc.), tendencias todas ellas clásicas de las burguesías nacionales (Frigerio en Argentina; Jaguaribe en Brasil; Zabaleta en Bolivia).

Relación con el castrismo: la misma que entre el capitalismo y socialismo, aunque Cuba es admirada por esos ideólogos por ser el único país que ha podido liquidar el feudalismo, al que ellos sueñan combatir"(31).

La segunda, se refiere al "gobierno nacionalista y democrático" que reclaman en su programa la mayor parte de los PC (...) A la verdad, conceptualmente uno no puede percibir la diferencia con el primer tipo de nacionalismo que Debray expone. ¿Cuáles serían si no? Debray aquí no pone ejemplos. Y de lo que en realidad trata es de la diferente actitud ante esas tendencias del castrismo y los PC, a las que compara así: "Relación con el castrismo (de los PC): la misma casi que entre la II y III Internacionales, haciendo los cambios necesarios"(32). Nos deja en ayunas en cuanto a cuáles son esos "cambios necesarios".

La tercera, que es en realidad la segunda: "Mucho más estrechas son las relaciones del castrismo con las dos formas históricamente más importantes del nacionalismo sudamericano, designadas hoy con el nombre de nacionalismo bonapartista: el peronismo en la Argentina y el populismo de Vargas en el Brasil. Hoy, ambas ideologías han comenzado su decadencia y han dejado en el lugar que ocuparon un vacío que el castrismo va llenando poco a poco, subiendo también aquí de las organizaciones juveniles hacia los organismos de dirección"(33).

Ese nacionalismo bonapartista tiene un comportamiento vacilante. Nos dice que Perón y Vargas capitularon ante el imperialismo, lo que no es tan claro, y los envuelve en una "tragicomedia"(34) común a los populismos. Pues aquí podemos incluir a diversos movimientos nacionales como el PIR mexicano, la Acción Democrática Venezolana, el MNR boliviano, etc., a los que vincula más directamente a "la pequeña burguesía progresista". Aquí Debray anota un fenómeno interesante: "Esta pequeña burguesía progresista, sin la infraestructura de un poderío económico preexistente a su predominio político, transforma entonces el Estado no sólo en instrumento de dominación política, sino también en fuente de poder económico. El Estado, culminación de las relaciones sociales de explotación en la Europa capitalista, se vuelve en cierto modo el instrumento de su instauración. De expresión jurídica de las relaciones de producción dadas en una sociedad, el Estado, en virtud de un corto circuito característico de los países semi-coloniales, se transforma en instrumento de producción, en alguna medida, de las relaciones no dadas de producción. La proliferación de las funciones públicas única fuente de empleo para millares de cuadros sin trabajo, sirve de sustituto al desarrollo de un aparato de

producción. Sin el control del aparato estatal, esta burguesía no es nada económicamente: el poder político lo constituye todo para ella, y en efecto, ella es capaz de todo para conservarlo. Su conciencia de clase tiene como forma propia la vigilancia policiaca. No se penetra en las funciones públicas si no es con un carnet del partido" (...) "Al final de esta historia los regímenes de "democracia nacional" dan a luz un monstruo (excepto esto, no hay teratología en historia) que bien pudiera llamarse fascismo demo-burgués, suprema transformación de las contradicciones en que entra un régimen burgués sin clase burguesa, un liberalismo sin liberales"(35).

Nacionalismo bonapartista y pequeño burgués, difícil clasificación de Debray, de fronteras borrosas y peculiaridades casi intransferibles de país a país, han cerrado su ciclo. ¿Por qué? "¿De dónde procede la alternativa? De la situación explosiva que en América Latina ha actualizado la revolución cubana, que ha hecho la prueba con ella misma y por ende para todo el mundo"(36). Hay síntomas que puedan desarrollarse nuevos nacionalismos revolucionarios, como Brizola en Brasil. Pero en general, el vacío que dejan los "nacionalismos pre-cubanos" sólo puede ser llenado por el castrismo. Tal la creencia de Debray. Pues la burguesía nacional "lejos de mostrarse inconsecuente consigo misma, no hace con esto (estrangular a sus propios nacionalistas consecuentes) otra cosa que denunciar la distancia que separa lo que ella es - burguesía y aliada del feudalismo agrario y del capital extranjero- de lo que ella afirma ser - nacional y antiimperialista-(37). Así, la alternativa del momento actual no es entre la revolución burguesa (pacífica) y la revolución socialista (violenta), como han querido hacer creer los promotores de la Alianza para el Progreso, de acuerdo con eso con los reformistas, sino entre la revolución a secas y contrarrevolución, tal como lo confiesan hoy en día"(38).

Algo es heredable del nacionalismo bonapartista, pues a pesar de sus ambigüedades, eso no impidió que "inmediatamente después de la Segunda Guerra, ese bonapartismo fuera aceptado y sentido como revolucionario por los trabajadores argentinos y brasileños que lo hicieron suyo. En ambos países estos regímenes han creado las condiciones subjetivas irreversibles a partir de las cuales deberá desarrollarse la historia. El nacionalismo bonapartista ha retardado el advenimiento de un nacionalismo revolucionario de tipo castrista, engañando a la casi totalidad del proletariado, pero no lo ha hecho imposible. Pues una vez dividido el frente unido burguesía-proletariado, éste comienza a modificar su ideología y sus reivindicaciones, abandonando poco a poco las direcciones políticas o sindicales heredadas de los regímenes anteriores, que hoy están en quiebra"(39).

Se hace necesario aquí un alto, pues las preguntas asaltan nuevamente. Vayamos por partes.

Primero: El castrismo es a las burguesías nacionales, lo que el socialismo al capitalismo. ¿Qué quiere decir Debray? Si el castrismo es socialista y las burguesías son burguesías, la conclusión es una tautología. De lo que se trata es qué relación concreta puede haber entre un nacionalismo y otro. Si pueden tener sólo relaciones negativas, o las puede haber positivas en la lucha contra la opresión imperialista. Debray nos dice luego que las burguesías son aliadas del feudalismo agrario y el capital extranjero, y que sólo aparentan ser nacionales y anti-imperialistas. Aparentan, pero no son. Lo que hace del concepto mismo burguesía nacional la cuadratura del círculo. La burguesía nacional entonces no existe como nacional. Pero por otro lado Debray se corre al otro extremo y nos dice lo contrario. Pues no se explica que Debray juzgue que la "integración de una fracción de la burguesía nacional a un frente anti-imperialista" sea de una importancia tal que "puede y debe ser todavía el objetivo número uno". ¿En qué quedamos? ¿Para qué una "fracción" de una apariencia? El que lo adivine buen adivino será.

Lo que ocurre es que Debray tiene una idea fluctuante y oscura de "burguesía nacional" que le impide comprender las fluctuaciones de esa clase social. Su encierro entre la contrariedad con las fuerzas populares y su contrariedad con el capital extranjero. Su política vacilante, pero vacilante según las coyunturas y presiones, lo que no es lo mismo a que esté definitivamente alienada ni sea mero agente en una factoría. Las burguesías nacionales resisten, pero temen las consecuencias de una resistencia consecuente, que les plantea problemas directos con las reivindicaciones populares, lo que las arroja a políticas alternativas. Pero además hay otro aspecto que Debray, a partir de sus premisas, no está en condiciones ni siquiera de evaluar para plantearse nuevos problemas. Y es qué puede significar que la expansión industrial necesite la "integración" y la "ampliación" del mercado interno, lo que nos llevaría de mano a las cuestiones del Mercado Común latinoamericano y su conexión con el proceso nacional, de latinoamericanización de los fragmentos balcánicos. Debray carece de instrumentos para el análisis de este complejo fenómeno, tan lleno de contrariedades, y a la vez tan significativo e importante. No entra en el horizonte de su problemática, y puede darse el lujo de pasar a su costado, ignorándolo. Es una ceguera que padece la mayor parte de la izquierda latinoamericana.

Finalmente, es de apuntar la creencia de Debray respecto a que las burguesías nacionales están aliadas con el "feudalismo agrario" y que muchos admiran a Cuba por la liquidación de su feudalismo. Habría que abundar sobre ese problemático feudalismo en América Latina, que en realidad no es tal, aunque haya en zonas amplias aún relaciones de servidumbre. Pero es el colmo que Debray crea que en Cuba la revolución liquidó al feudalismo, sencillamente porque en Cuba no había feudalismo, y lo esencial, que eran los ingenios azucareros, tenían una explotación perfectamente moderna y capitalista, intrínsecamente dependiente del extranjero. Debray parece tener un concepto de feudalismo también peligrosamente fluctuante, y de una amplitud que devora todo lo que tenga que ver con el agro en América Latina. Lo que es insostenible. ¿Latifundio, monocultivo, agroexportación, miseria campesina, es feudalismo?

Segundo: El vacío de los nacionalismos bonapartista y pequeño burgués. Debray nos dice que han terminado su ciclo. ¿Por qué? Porque los proletariados se han escindido, en el caso del nacionalismo bonapartista, de sus burguesías, lo que aún por cierto no ha ocurrido. ¿Que no se puedan repetir? No hay duda, nada se repite, y el nacionalismo fatalmente tomará formas más radicales. Lo que no quiere decir que se haga castrista. El propio Debray reconoce que el castrismo será poliforme, que no tendrá nunca el mismo rostro, aunque a la vez les exija identidad unívoca de la "teoría del foco". ¿Para ser nacionalismos revolucionarios tendrán que pasar por el foco como condición sine qua non? Equivale a decir que por ejemplo en las condiciones estructurales de la sociedad argentina no habrá nunca nacionalismo revolucionario, pues nadie podrá ver ahí qué posibilidad tenga la teoría del foco. Pero hay otra razón, acota Debray, a su apreciación de que antes los proletariados fueron "engañados" (lo que es psicologismo barato) por el bonapartismo y ahora ya no. La razón es el hecho Cuba. La irrupción de Cuba en la historia latinoamericana.

Nadie podrá negar nunca la importancia decisiva del hecho Cuba, y que esto ha redoblado la vigilancia del Imperio Yanqui. Nadie puede negar que es un hecho que repercute en la intimidad de cada sociedad latinoamericana. ¡Pero no tanto como para cambiar de suyo todas las relaciones sociales! Si esas sociedades no modifican su estructura por el hecho Cuba, sólo desde el análisis de esas estructuras y de las fuerzas actuantes se podrá dictaminar la viabilidad de tal o cual tipo de nacionalismo. Cuba alcanza para mucho, pero no tanto como para modificar las relaciones de las fuerzas sociales, sus contradicciones y necesidades. Decretar sin más desde

Cuba que porque aconteció la revolución cubana sólo es viable el castrismo, parece totalmente desproporcionado y demasiado fácil y mecánico, al nivel de toda América Latina. Las cosas no son tan maravillosamente sencillas, y en cada país se tendrá que ir elaborando, al compás de los acontecimientos, desde sí mismo, su propia estrategia y sus propias tácticas, para generar los nacionalismos revolucionarios que América Latina necesita. Que hoy haya un gran vacío por la caída de los nacionalismos bonapartistas de Perón y Vargas, es indiscutible. Pero eso no conduce a que el vacío será llenado necesariamente por la teoría y práctica del foco. Los nacionalismos no empezaron por el foco ni terminarán por el foco.

Otro aspecto es la relación del Estado y la pequeña burguesía. Sin duda, dentro de los movimientos populares, amplios sectores de la pequeña burguesía juegan un rol decisivo. Incluso protagonista, como en Cuba. Este es un fenómeno de inmensa entidad en la sociedad moderna, y en especial en el caso particular de América Latina. Debray lo "barrunta en relación al Estado, y a su función dinámica de suplencia en la promoción de la modernización de la sociedad. Lo que haría exigible que Debray pusiera redoblada atención en esos movimientos nacionales que instrumentalizan al aparato estatal, y se interrogara mejor sobre qué puede ser y hacer la pequeña burguesía latinoamericana, en sus diferentes coyunturas, y qué significa a su vez el Estado en los países semi-colonales, pues él mismo borra con el codo lo que escribe respecto al Estado y su ser pura expresión de la clase dominante, para luego decirnos que las clases medias lo toman, para promover fuerzas que no existían en la sociedad y generar un "régimen burgués sin burguesía". Extrañezas aparte, ¿no sería indicio para Debray que el Estado y sus relaciones de clase es más complejo del que postuló, como ya hemos visto, en ocasión del dualismo Foco-Golpe? Pero si a extrañezas nos referimos, ¿qué decir entonces del concepto de Debray de "fascismo democrático burgués" en un país semi-colonial? ¿No será un concepto teratológico de Debray? ¿O proviene de la manía antigua de los comunistas de poner el rotuló de fascista a todo lo que no entienden, como a Perón, Paz Estenssoro, etc., etc.? No es una teratología de la realidad, sino de las ideas, que no la alcanzan.

Si los análisis de Debray sobre los nacionalismos latinoamericanos son insuficientes, y no logra desprender y justificar al castrismo como su Continuación necesaria generalizada en un plano superior, denotan empero la voluntad expresa del castrismo de asumir y trascender esas tradiciones nacionales, lo que es altamente positivo. Más aún, señalan un gigantesco paso adelante en la formación de la conciencia histórica y política latinoamericana. Pues, si no estoy equivocado, es la primera vez que un movimiento político nacional en América Latina quiere poner en claro su propia situación y relación, de modo viviente y en continuidad, con el conjunto del proceso nacional latinoamericano. El castrismo tiene una pretensión abarcadora, quiere romper de raíz su encierro isleño y para ello emprende una intensa y global reflexión histórico-política, lo que es virtud excepcional e inigualada. Ningún movimiento nacionalista antes del castrismo sintió como necesidad vital esa proyección global. En tal sentido, sus insuficiencias son las insuficiencias de un adelantado. ¡De un adelantado! Se ha planteado a nivel latinoamericano, y ese nivel no podrá ser ya perdido. El castrismo está plagado de insuficiencias teóricas parroquiales, pero rompe con los encierros parroquiales. Es esto de suyo un aporte fundamental que denota la verdadera altura de nuestro tiempo en América Latina. Es una profunda señal de la latinoamericanización conjunta del proceso de los países de América Latina.

Corresponde ahora un nuevo paso. Si el castrismo critica a los nacionalismos latinoamericanos desde posiciones ultra-izquierdistas, manteniendo, su condición de nacionalismo, por otro lado critica las posiciones de los partidos comunistas no sólo desde un enfoque ultra-izquierdista, sino también nacionalista. El castrismo lucha en dos frentes con medio-hermanos.

4- Los Partidos Comunistas

8°. La presencia de un partido de vanguardia no es un requisito previo absoluto para el desencadenamiento de la lucha armada. "En América Latina de hoy no se determina un revolucionario por su relación formal frente al Partido: con o contra el Partido. El valor de un revolucionario, como el de un Partido, es el de su acción"(40).

El castrismo ha constituido un PC que cuestiona a los otros PC latinoamericanos. Claro que es el único PC victorioso, pero victorioso a costa de no haber sido desde sus orígenes un PC ortodoxo pro soviético. Y esto problematiza todas sus relaciones con los PC tradicionales, a los que impugna desde un ángulo nacional así como desde su peculiar conciencia histórica y origen, que resume en el foco guerrillero. Y así se configura que el único PC victorioso latinoamericano es heterodoxo. No es una novedad. Los únicos PC que tomaron el poder por sí mismos, sin el Ejército Rojo, desde abajo, fueron el yugoslavo y el chino, ambos rápidamente heterodoxos. ¿Casualidad?

La crítica del castrismo a los PC tiene dos orígenes: uno, nacionalista, otro revolucionario, particularizado en la guerrilla.

a) Crítica nacionalista al PC

"En el terreno teórico, como consecuencia de su triunfo práctico. Cuba rehabilita el marxismo en América Latina, arrinconado desde 1930 entre dos descréditos: el del APRA y el del marxismo mecanicista, sin contacto con la realidad nacional"(41). Dejemos ahora al APRA de lado, y sigamos con los marxismos mecanicistas, sin contacto con la realidad nacional y en descrédito. No son otros que los Partidos Comunistas. En efecto, si cupiera alguna duda, ella se despeja, pues en otro lugar Debray aclara e historia que, si bien fueron los partidos comunistas pioneros del anti-imperialismo que siguió a partir de 1920, su "fracaso general, visible desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, se explica sin duda por la impotencia de aquellos a retomar a fondo estas tradiciones nacionales, para encontrar raíces históricas concretas, para colocarse en una continuidad continental"(42).

Ahora bien: ¿por qué esa incapacidad para asumir su condición nacional? Debray se extiende: "Cuba ha creado una nueva demanda: la de un marxismo auténtico, capaz de pensar las experiencias nacionales de América del Sur. No sólo la independencia de Cuba de la escisión chino-rusa, sino toda la práctica cotidiana de sus dirigentes, en la Sierra Maestra y en el poder, indica que la América Latina se transforma en un nuevo centro de elaboración revolucionaria, de acuerdo con sus propias condiciones. Cuba, al mismo tiempo, revela sin saberlo que esta elaboración sigue siendo en muchos puntos del continente, una tarea por hacer. Ahora bien, después de la muerte de José Carlos Mariátegui, fundador del PC peruano y autor de siete ensayos de interpretación de la realidad peruana, la mayor obra marxista que América ha producido antes de la revolución cubana, la mayoría de los teóricos y de los dirigentes marxistas han importado de Europa estrategias y conceptos prehechos. Nunca antes de Fidel Castro, antes de las revoluciones venezolana y colombiana, la realidad social tan atípica, desde el punto de vista europeo, de la América Latina"(43).

Debray constata pues la alienación generalizada del marxismo latinoamericano, de su dependencia de los esquemas europeos, y por ende su mecanicismo, su exterioridad, su actuar de afuera. Sería así un caso particular del fenómeno muy generalizado propio de las sociedades semi-coloniales de América Latina, que generan sin cesar esas imitaciones mecánicas. En una semi-colonia, nadie que quiera pensar está exento del peligro continuo de ser semi-colonial.

Esto afecta en distinto grado a todos, y eso toma desde la Iglesia Católica hasta los Partidos Comunistas. De los liberales, ni hablar. Claro está que de modos diversos y de distinta índole, según sus propias peculiaridades e historia. Aquí nos interesa el caso de los Partidos Comunistas. Pues además de la tendencia a la alienación general de las semi-colonias hacia sus metrópolis económicas y culturales (o sus anti-metrópolis extrañas), hay que percibir cuáles son los rasgos propios de la enajenación de los PC. ¿Cómo explicar un hecho tan sistemático y de tan larga duración? No basta contentarse con reconocer que son un caso entre otros, ellos también, de colonialismo intelectual. Debray nos pone en la pista para una solución más específica, a través del caso Prestes. Un Prestes que simboliza lo contrario de Castro: "Hace 35 años, en 1930, otro gran "héroe" revolucionario americano, Luis Carlos Prestes, llevado al pináculo de la fama por su larga marcha de la "columna Prestes" (30.000 kmts. recorridos en tres años en el interior brasileño por un millar de hombres que rechazaban todas las fuerzas represivas lanzadas contra ellos), encontró también en el socialismo científico como a su verdad. Si en aquella época él le prestó al marxismo, con la misma resonancia que Fidel, su leyenda de "Caballero de la Esperanza", con el mismo gesto él negaba a esta última todo valor dialéctico. En el Manifiesto de 1930, lanzado al pueblo brasileño desde Buenos Aires donde se había exilado, renegó de su pasado, de sus amigos, de su leyenda y de su nacionalismo, y propuso la instauración inmediata de soviets de obreros en Sao Paulo. La adhesión de Prestes al marxismo, en una época en que el socialismo no se había asegurado aún un lugar en el mundo, marcó también la ruptura de Prestes y del Partido Comunista con su realidad nacional, ruptura que quizá no haya sido aún superada a pesar de sus grandes victorias electorales de postguerra, en el mismo momento en que Prestes partió para Moscú y era absorbido por el engranaje administrativo de la Internacional. Un contacto semejante con el marxismo es una electrocución y no una superación (44).

Y bien, llegado al punto, Debray se detiene. Pero hay que seguir preguntando. ¿Y todo fue una mera ocurrencia de Prestes, un mal asimilador? ¿Fue sólo a Prestes a quien se le ocurrió la insensata consigna de todo el poder para los soviets? No, fue ante todo decisión de Stalin y la Internacional. Fue la aplicación doméstica de una vicisitud de la política soviética, que lanzó urbi et orbi esa consigna. Prestes no se perdió en los vericuetos administrativos de la Internacional, sino en su práctica y proyección ideológica. Se trata entonces de la "satelización" de los Partidos Comunistas a las cambiantes políticas de Moscú. La ocurrencia respondía a una línea general, en este caso ultraizquierdista, que la Internacional aplicó entre 1931 y 1935. No fue entonces únicamente Prestes, que sólo fue un caso particularmente dramático. El "Poder Soviético. Gobierno Obrero y Campesino" hizo estragos ante todo en los PC. En Argentina, por ejemplo, se clamaba también de espaldas al país: "Hay una solución: es la instauración por vía revolucionaria del Gobierno de los obreros y campesinos, basado en los Soviets" (Soviet, Nº 3-4, Buenos Aires, 1933). Este hecho de la rusificación de la Internacional, en que todos los Partidos se subordinaban al Partido-Guía, es el origen concreto y específico del desencuentro de los PC con las realidades nacionales de América Latina. Más aún: fueron partidos que hicieron de ese radical desarraigo su virtud política, y esto se condensa en las terribles palabras de Victorio Codovilla, actual jefe del PC argentino: "¡Que perezcan, por último, estos veinte pueblecitos con tal que se salve la Revolución Rusa!" (Congreso Anti-imperialista de Bruselas, 1928). La rusificación era ya un proceso en profundidad, que comenzó a inquietar a Lenin en 1922, en su discurso del IV Congreso de la Internacional. Y fue así que, consolidado el proceso en la época de Stalin, los partidos comunistas se convirtieron, según las palabras de Deustcher, en la retaguardia de la diplomacia rusa.

Todo el planteo de Debray conduce inexorablemente a tal conclusión, pero Debray se queda en el borde y hace esfuerzos para no sacarla. Prefiere no llegar al final de su propia lógica. Por ejemplo, nos dice que "En el terreno práctico, todos sabemos que Cuba ha liquidado el fatalismo geográfico que, junto al browderismo, ejerció gran influencia sobre los PC de América Latina inmediatamente después de la guerra mundial"(45). Resultará así que la colaboración de los comunistas prosoviéticos con Batista, con Braden contra Perón, con el golpe y asesinato de Villarreal, etc., no se relacionan con la supeditación de los partidos a la línea general rusa, sino a un "fatalismo geográfico" y a Earl Browder, secretario del PC norteamericano durante la guerra, responsable de esa "desviación de derecha" que corrompió a los PC latinoamericanos, aprovechando una distracción de Stalin, afortunadamente corregida por una carta de Jacques Duclos "todavía famosa entre todos los militantes latinoamericanos". Esta novela fantástica cumple la función de desviar el problema y tomar a Browder como chivo emisario de lo que era la política stalinista de todos los PC. De tal modo, la culpa de todas las desviaciones, no podía ser de otro modo, la tenía un yanqui infiltrado en el aparato de la internacional. Semejante explicación no la puede creer ni el propio Debray. ¿Por qué entonces calla o elude abiertamente su propia conclusión, que le persigue como fantasma? No por mera inconsecuencia intelectual, sino por algo más profundo, y es la situación propia de la revolución cubana. Es allí donde deberemos encontrar las explicaciones requeridas.

Hasta aquí la crítica nacionalista de la revolución cubana a los PC que llega casi hasta el hueso. Sin embargo, el acento se desplaza de continuo hacia otra faz, que es el de la contraposición de foco-partido. Este es el segundo aspecto de la crítica cubana a los PC, que en los hechos ocupa el primer plano. Luego tendremos que averiguar qué conexión hay entre las dos críticas, de qué modo se entrelazan entre sí.

b) Foco y Partido

Si el castrismo se define como nacionalismo revolucionario, su autoconciencia propia se concentra en la teoría del foco. Y es allí donde su proclamado marxismo-leninismo entra en pugna con los PC, de modo más chirriante, aunque no tan esencial.

Fidel va, en este segundo aspecto, al grano; "¿Quiénes harán la revolución en la América Latina? ¿Quiénes? El pueblo, los revolucionarios, con Partido o sin Partido". "Nos imputan que desconocemos el papel del Partido, nos imputan que somos herejes dentro del campo del marxismo-leninismo". Debray comenta: "Fidel Castro dice simplemente que no hay revolución sin vanguardia; que esa vanguardia no es necesariamente, el Partido marxista-leninista; y que los que quieren hacer la revolución tienen el derecho y el deber de constituirse como vanguardia, independientemente de esos partidos"(46). ¿Cómo se distingue entonces la verdadera vanguardia? Por la constitución y práctica del foco.

Debray formula las preguntas decisivas: ¿Qué hay que fortalecer, hoy, el Partido o la Guerrilla, germen del Ejercicio Popular? ¿Cuál es el eslabón decisivo? ¿Dónde poner el esfuerzo principal? Son dos cuestiones.

Primero: ¿Por qué se puede contemplar o anunciar que en las circunstancias actuales puede haber Revolución "con o sin Partido"?

Segundo: ¿Bajo qué forma puede reaparecer la vanguardia histórica? ¿Qué ha pasado con los PC?

"Sin entrar en detalles, las circunstancias históricas no han permitido a los Partidos Comunistas latinoamericanos, en su gran mayoría, el mismo arraigo ni igual desarrollo. Las condiciones de

su fundación, de su crecimiento, sus lazos con las clases explotadas son evidentemente otras. Cada uno de ellos tendrá su historia propia, pero se asemejan por lo menos en que no han tenido ocasión de situarse a la cabeza de una guerra de liberación nacional, en países dotados de una independencia política formal; no han podido, pues, realizar la alianza obrero-campesina: conjunto coherente de limitaciones debidas a condiciones históricas compartidas"(47).

Pero esa coyuntura histórica está definitivamente terminada: "La Revolución Cubana y la mecánica que ha desatado en toda América Latina han trastornado los viejos panoramas. Una lucha armada, allí donde existe, como allí donde se prepara, reclama una profunda transformación de los hábitos del tiempo de paz. La guerra, como se sabe, es la prolongación de la política, pero bajo formas y con medios particulares. Ocurre como si la dirección efectiva de una lucha armada revolucionaria exigiera un nuevo estilo de dirección, un nuevo modo de organización y nuevos reflejos físicos ideológicos en los responsables y los militantes"(48).

Un nuevo estilo de dirección: La guerra de guerrillas exige el abandono de la ciudad a la dirección política, y así los jóvenes sustituyen a los viejos. "La reconversión del Partido corre pareja, pues, con su rejuvenecimiento. En la América Latina, existe un lazo profundo entre la biología e ideología donde quiera que la lucha armada está a la orden del día... Aparte de los factores morales (convencimiento), de todos los entrenamientos requeridos para la guerra de guerrillas, el físico es el fundamental. Los dos marchan a la par. Una perfecta educación marxista no es, para comenzar, condición imperativa... La aptitud física es condición de ejercicio de todas las otras aptitudes posibles: trivialidad de aspecto poco teórico, pero la lucha armada parece tener razones que la teoría no conoce"(49). Se cuestiona la proverbial longevidad de las burocracias partidarias y sus efectos prácticos.

Una organización nueva: Pues si exige la conversión a la disciplina militar y clandestina, y esto implica liquidar las pictóricas maquinarias tradicionales, demasiado visibles y concebidas para otra función.

Nuevos reflejos ideológicos: Este cambio a una situación de guerra o preguerra implica grandes modificaciones políticas.

Antes, la vieja línea política descansaba en "las contradicciones existentes entre las clases enemigas o los grupos de intereses divergentes en el seno de la misma clase social burguesa. Derivado de lo anterior, la búsqueda obsesiva de alianzas con tal o cual fracción de la burguesía, de los apoyos negociados, de las maniobras electoralistas de donde la clase dominante siempre sacó beneficios hasta el presente; la salvaguardia de la unidad a toda costa, por encima de los principios y de los intereses revolucionarios, que convierte al Partido poco a poco y a su supervivencia, bajo determinada forma, en un fin en sí, más sagrado que la revolución misma; la fiebre obsidional, herencia de un pasado abolido, y su séquito de desconfianza y soberbia, tiesura y crispamiento". Los partidos siempre terminan haciendo cuentas a favor, apostando por su propia subsistencia. "El balance es positivo siempre: los funcionarios funcionan, la imprenta imprime, los delegados viajan, las amistades internacionales crecen, los dirigentes están abrumados de trabajo. En resumen, la máquina marcha. Ha costado cara y hay que cuidarla. Se fortalece la organización". La perspectiva de la lucha insurreccional retrocede, pues, unos meses y luego años. El tiempo pasa, con sus altibajos. La apertura de las hostilidades es considerada de más en más como una tentación un poco sacrílega, aventurera, eternamente "prematura". Cierto que hay que calmar a los militantes que pueden inquietarse y pedir cuentas; se formará, pues, cada año su pequeño contingente de "cuadros militares" -asunto reservado a la Alta Dirección- pero conocido de todos los militantes de la organización, que van cuchicheando

esperanzas ¡ay! El momento no ha llegado todavía; nunca faltan imprevistos. Los militantes deben comprender que, en lo inmediato, pasar a la lucha armada sería romper la unidad de la organización, que es sagrada, sabotear su legalidad, provocar una represión contra sus dirigentes. En resumen, la organización política se ha vertido en su propio fin. Ese círculo vicioso pudre la lucha revolucionaria desde hace años. Luego, sería inútil crear anticuerpos en el seno de las organizaciones políticas existentes: la infección oportunista, lejos de detenerse, se agravará y exacerbará"(50).

Ahora, "hay que crear, pues, anticuerpos en la base, al nivel de las masas ofreciéndoles una alternativa real a su alcance. Solamente entonces cambiarán las direcciones políticas existentes. En la mayoría de los países latinoamericanos sólo la lucha armada ha comenzado ya o va a comenzar a hacer salir a la revolución de su ghetto, de las habladurías universitarias y de una casta de permanentes "globetrotters". Para decirlo en lenguaje de filósofo, una cierta problemática ha muerto desde la Revolución Cubana, es decir, una cierta manera de plantear las cuestiones que ordena el sentido de todas las respuestas posibles. Y no son las respuestas las que hay que cambiar, sino las preguntas mismas: esas fracciones o partidos "marxistas-leninistas" se mueven en el interior de la misma problemática política dominada por la burguesía. En lugar de transformarla, han contribuido a implantarla mejor, se han atascado en falsas cuestiones o de investidura entre organizaciones de izquierda, frentes electorales, maniobras sindicales, chantajes a sus propios miembros. Esta problemática es lo que se llama simplemente "politiquería". Para escapar a ella hay que cambiar de terreno en todos los sentidos de la expresión"(51).

La descripción de los PC es de partidos nítidamente reformistas, anquilosados por el peso aplastante de su propio aparato. Prácticamente revisionistas. Debray concluye: "Muchos partidos comunistas tuvieron, pues, en la América Latina un falso arranque hace 30 o 40 años, por razones incontrolables, creando así una situación compleja. Ahora bien, los Partidos son instrumentos de la lucha de clases. Ahí donde el instrumento no sirve ya ¿debe detenerse la lucha de clases o deben forjarse nuevos instrumentos? Cuestión imbécil: esta decisión no pertenece a nadie. La lucha de clases -sobre todo en la América Latina actual- bien puede ser frenada, limada, desviada, pero no se detendrá. Entonces las clases populares se inventan sus vanguardias, se las arreglan con lo que encuentran, y el deber de los revolucionarios es precipitar esta formación. ¿Pero la formación de qué exactamente? (52). De un partido de características distintas, y eso será originado por el Foco.

Los años transcurridos de experiencia guerrillera en América Latina revierten así directamente sobre los PC. El saldo es negativo. Las relaciones entre los PC y la guerrilla han sido desafortunadas, tensas, y la crítica de Debray a los PC se concentra aquí en la dialéctica guerrilla-partido, enjuiciando al partido desde el ángulo de la guerrilla, inquiriendo las causas de sus reticencias o sabotajes. Si la guerrilla es la revolución, el partido en cuanto no se adecúa a la guerrilla es contrarrevolución, o si se quiere reformismo, que para el lenguaje castrista es lo mismo. Si bien no todas las observaciones de Debray se asientan excesivamente en el foco, y son válidas como descripción del aparato y su comportamiento normal, es indudable que en última instancia, el sentido de la crítica depende del supuesto del foco. Si éste no funciona, este aspecto de la crítica tampoco. Por otra parte, Debray no intenta ligar orgánicamente sus observaciones respecto al "aparato" con su crítica desde el ángulo nacionalista, que le permitiría comprender mejor la índole burocrático-abstracta en que se mueve la intimidad del aparato prosoviético. Las dos críticas de Debray corren por cuerda separada.

Así, el segundo aspecto de la crítica de Debray queda parcialmente en suspenso y dependiente de la racionalidad de la teoría y práctica del foco. Por lo menos en cuanto a su sentido, y a la sustitución a la que apunta.

Las peculiares relaciones de la Revolución Verde Oliva con el marxismo leninismo prosoviético se hacen ostensible en la pugna foco-partido. Los viejos PC y el castrismo se cuestionan recíprocamente, se repelen y se necesitan, por diversas razones. El castrismo vino de afuera y es un convidado de piedra entre los PC. A caballo regalado no se le mira el diente, pero guay! Y así resultan hermanastros, o matrimonio de conveniencias mal avenido. Es que su índole propia y sus historias son divergentes, aunque se cubran de rótulos comunes.

5 - El Foco, unidad político-militar

De vuelta al pago. Comenzamos preguntándonos ¿qué es el foco guerrillero? y tras breves nociones recapitulamos las reflexiones que a Debray le merecían los años de trágica experiencia guerrillera. Y de allí, no sólo intelectualmente, sino en la práctica real de la política cubana, se desprende como necesidad fundamental la sustitución del Partido por el Foco. Eso no fue el propósito explícito inicial, que simplemente no lo tenía en cuenta. Pero luego, la experiencia recogida, los lazos comunes, la nueva problemática, hace a los PC anacrónicos y lleva a Debray y a Cuba a preguntarse: ¿Cómo se forma el partido de vanguardia? ¿Puede el Partido, en las condiciones existentes en la América Latina, crear el Ejército Popular o es el Ejército Popular el que debe crear al Partido de vanguardia? ¿Quién es el núcleo de quién?

La respuesta es rotunda. Si para el Che Guevara la guerrilla no era un fin en sí, sino el método para alcanzar un fin -la conquista del poder político- ahora, ante la crisis de los viejos PC que intentan utilizarla para fines reformistas, la guerrilla los contradice, vuelve sobre sí misma y se da su propia dirección. "Para reconciliarse contigo misma, la guerrilla se constituye en Dirección Política, único medio de resolver la contradicción y desarrollarse militarmente. Observemos que en ninguna parte la guerrilla ha pretendido formar un nuevo partido, apunta más bien a borrar en su seno distinción de partidos o doctrinas entre combatientes. Lo que unifica es la guerra y sus objetivos militares inmediatos. El movimiento guerrillero comienza por hacer la unidad en él, en torno a las tareas militares más urgentes, que son ya tareas políticas: la unidad de los sin partido y de todos los Partidos representados en los guerrilleros. La más decisiva de las definiciones políticas es pertenecer a la guerrilla, a las Fuerzas Armadas de Liberación. Así, poco a poco, ese pequeño ejército hace la unidad por la base de todos los partidos, a medida que crece y obtiene las primeras victorias. Finalmente, el futuro Ejército del Pueblo engendrará al Partido del que él había debido ser teóricamente instrumento: en lo esencial el partido es él. ¿No ha conocido la Revolución Cubana la misma paradoja? Se ha observado, para escandalizarse de ello, que el instrumento habitual de la conquista del poder, el Partido, ha sido elaborado después de la conquista del poder. Pero no: estaba presente de antemano, en germen, era el Ejército Rebelde"(53).

El foco guerrillero desplaza el foco político, lo sustituye asumiéndolo. ¿Concepción militarista, como objetan los PC? No, puesto que lo militar y lo político se identifican. Los que hacen tal objeción serían platónicos: "éstos viven en un mundo doble, realmente dualista y - ¿por qué no decirlo?- con una herencia espiritualista muy próxima. Lo político de un lado, lo militar de otro. La guerra del pueblo es una técnica, localizada en el campo y subordinada a la línea política supertécnica, puramente teórica, puramente política. El cielo manda sobre la tierra, el alma al cuerpo, la cabeza al brazo. El verbo precede a la acción. Los sucedáneos laicos del verbo -la

palabra, la palabrería, el parloteo- preceden y ordenan la actividad militar, desde lo alto del empuje"(54).

Vale insistir. "Primero, en la América Latina de hoy, no se ve cómo una dirección política puede ser extraña a los problemas técnicos de la guerra; y cómo se pueda concebir un cuadro político que no sea a la vez un cuadro militar... Después, está probado que la experiencia militar de la guerrilla del pueblo es más decisiva que una experiencia política sin contacto con la guerrilla... La experiencia de Cuba y la más reciente de Venezuela, Guatemala y otros países, muestra que en la guerra de guerrillas los combatientes se forman más pronto y más profundamente que pasando un tiempo igual en una escuela de cuadros... Doble ventaja sobre la formación política tradicional... Ejemplo: Cuba. El Ejército rebelde y la clandestinidad han suministrado a la Revolución sus cuadros dirigentes y el núcleo de sus militantes. Todavía hoy los rebeldes están a la vanguardia de esa vanguardia, defendiendo en el seno de la Revolución la línea más radical, la más comunista. ¿No es éste un extraño destino para "militares" tales como los conciben los políticos?"(55).

No corresponde distinguir la instancia militar de política, y por ende no cabe subordinar la guerrilla al partido ("supone la existencia de un dirigente y un orientador en una vanguardia previa a la guerrilla. Este supuesto, desgraciadamente, no corresponde a la realidad"(56) ni calcar la guerrilla sobre el modelo del partido. Y si bien en algunos lugares de América Latina aún no es tiempo de escoger entre el partido de vanguardia y el ejército popular, por sus condiciones especiales, "en lo inmediato hay un orden de tareas históricamente fundamentado. El Ejército Popular será el núcleo del partido, y no a la inversa. La guerrilla es la vanguardia política "in nuce" y sólo de su desarrollo puede nacer el verdadero partido. Por ello hay que desarrollar la guerrilla para desarrollar la vanguardia política. Por ello en la coyuntura actual el acento principal debe ponerse en el desarrollo de la guerra de guerrillas y no en el fortalecimiento de los partidos existentes o en la creación de partidos nuevos. Por ello en estos mismos lugares, el trabajo insurreccional es hoy el trabajo político número uno"(57).

En síntesis: "La revolución latinoamericana y su vanguardia, la revolución cubana, hacen así un aporte decisivo a la experiencia revolucionaria internacional y al marxismo leninismo.

En ciertas condiciones, la instancia política no se separa de la instancia militar: ambas forman un todo orgánico. Esta organización es la del Ejército Popular cuyo núcleo es el ejército guerrillero. La guerrilla es el Partido en gestación. Esta es la desconcertante novedad inaugurada por la Revolución Cubana.

Se trata sin duda de un aporte. Se podría juzgar esta situación excepcional como fruto de una coyuntura única y sin alcance. Al contrario: la evolución reciente de los países que se hallan en la vanguardia en la lucha armada en el continente la confirma y la refuerza. La refuerza porque, si la ideología del Ejército Rebelde cubano no era marxista, la ideología de las nuevas comandancias lo es claramente, como lo es claramente socialista y proletaria la revolución que se fija como fin. Precisamente porque su línea era tan clara y su resolución tan irreversible, han tenido que separarse, en cierto punto de su desarrollo, de los Partidos de vanguardia existentes y proponerles (Guatemala) o imponerles (Venezuela) sus propias concepciones políticas, ideológicas y organizativas como base de todo acuerdo posible, a tomar o dejar. En resumen, en los dos casos, romper toda dependencia orgánica con los Partidos políticos y sustituirse a las vanguardias políticas desfallecientes. Es decir, llegar al punto de donde la Revolución Cubana había partido"(58).

Hasta aquí la última versión de la teoría del foco, aporte del castrismo. ¿Cuál su congruencia? ¿Cuáles sus bases de experiencia? Esto nos remite a sus orígenes y verificación. ¿El Modelo Cubano es válido? ¿Se ha cumplido en Cuba? ¿Hay indicios que pueda cumplirse en América Latina? Se impone el análisis crítico final.

Notas:

Las ediciones de las tres obras de Debray son ya innumerables en América Latina. Las citas serán:

A "América Latina: algunos problemas estrategia revolucionaria", Banda Oriental, Montevideo.

C "El Castrismo: la larga marcha de América Latina", Cuadernos de Marcha, Montevideo.

R "Revolución en la Revolución", Revista América Latina N9 1, Montevideo.

(10) R. pág. 24.

(11) R. pág. 19.

(12) R. pág. 24.

(13) C. pág. 41.

(14) C. pág. 45.

(15) C. pág. 48.

(16) C. pág. 45.

(17) C. pág. 45.

(18) C. pág. 55.

(19) C. pág. 56.

(20) C. pág. 56.

(21) C. pág. 59.

(22) C. pág. 61.

(23) C. pág. 64.

(24) C. pág. 66.

(25) C. pág. 67.

(26) C. pág. 68.

(27) C. pág. 68.

(28) C. pág. 72.

(29) C. pág. 42.

(30) C. pág. 43.

(31) C. pág. 70.

(32) C. pág. 70.

- (33) C. pág. 70.
- (34) A. pág. 74.
- (35) A. pág. 69 y 71.
- (36) A. pág. 75.
- (37) A. pág. 75.
- (38) A. pág. 76.
- (39) C. pág. 71.
- (40) R. pág. 93.
- (41) A. pág. 40.
- (42) C. pág. 72.
- (43) A. pág. 42.
- (44) C. pág. 67.
- (45) A. pág. 35.
- (46) R. pág. 87.
- (47) R. pág. 90.
- (48) R. pág. 90.
- (49) R. pág. 91.
- (50) R. pág. 92 y 106.
- (51) R. pág. 108.
- (52) R. pág. 93.
- (53) R. pág. 94.
- (54) R. pág. 81.
- (55) R. pág. 82.
- (56) R. pág. 103.
- (57) R. pág. 104.
- (58) R. pág. 96.

IV - Crítica Básica al Foco

Antes, un deslinde definitivo, para que se mida el alcance de nuestra crítica. Sus límites son bien claros; nos interesa la teoría y práctica del foco y su conexión con el enfoque global de América Latina, por parte de la Revolución Verde Oliva. Nos importa aquí el modo cómo concibe la revolución cubana su estrategia y su táctica relativas a América Latina, y sus inevitables repercusiones en los movimientos nacionalistas latinoamericanos y los PC. No se trata entonces de una evaluación crítica total del proceso mismo de la revolución cubana y de sus logros en

todas sus dimensiones. Esto rebasa en mucho la perspectiva en que ahora nos ubicamos. Demás está decir que, en conjunto, nuestra opinión es favorable y positiva respecto de la revolución cubana, la que nos plantea vitales problemas a los cristianos, a los nacionalistas latinoamericanos, y a la vez nos conducen a plantearle a ella otras cuestiones. Pero, lo repetimos, no es ahora nuestro asunto abarcar la problemática cubana en todas sus dimensiones, sino desde y en función del foco, su más notoria proyección actual latinoamericana.

La teoría y práctica del foco tiene ya, en su corta vida, su historia. Se pueden diferenciar dos nítidas etapas:

- 1) La formulación de Ernesto Guevara, en la fase pre-marxista de la revolución cubana y
- 2) La formulación de Régis Debray en la fase marxista.

Importa distinguir lo común y lo diferente. Y además, señalar que Guevara hace la transición entre ambas fases, pero que formula otra teoría del foco original.

La teoría y práctica de la guerrilla no fue el planteo motor de la rebelión castrista contra Batista, sino que es producto de la reflexión a posteriori del Che Guevara sobre el proceso revolucionario cubano, en su primera etapa, y así tácticas situacionales y empíricas se elevan a estrategia general. La "medicina empírica" reflexiona sobre sí, y se hace teórica, generalizada. Es una racionalización de lo acaecido, que no fue originariamente previsto. Esta racionalización se convertirá en la proyección querida del castrismo en América Latina, antes y después de su fase marxista. Decía el Che Guevara en su obra "La Guerra de Guerrillas": "Teorizar lo hecho, estructurar y generalizar esta experiencia para el aprovechamiento de otros, es tarea del momento".

Este primer enfoque de Guevara se concentra en los modos operacionales de la guerrilla y se mueve dentro de la temática de un antimperialista y un radical. No efectúa ningún intento de conceptualizar la situación de América Latina, salvo algunas generalidades de uso común. Y por supuesto, nada tiene que ver aún con el marxismo. Tampoco examina y justifica los "tres aportes":

- 1) que las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército;
- 2) que no siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución, el foco puede crearlas;
- 3) en América Subdesarrollada, el terreno de la lucha debe ser fundamentalmente el campo.

Ninguno de los tres aportes está debidamente fundado, sino que se introducen como axiomas. No se reflexiona sobre la historicidad propia de Cuba, ni del resto de América Latina. Así, el Modelo, en primera instancia, es meramente postulado. Pero, esto no impidió sino que acaso impulsó su honda repercusión. Los movimientos que se producen son por lo general oriundos de las clases medias, de sectores estudiantiles, radicalizados pero sin ideología definida. El propio Debray reconoce que "algunas organizaciones "castristas", o que así se autodenominan, han caído en el voluntarismo y en la mitología de la guerrilla rural. El castrismo nada tiene que ver con eso"(59). En vista del planteo original: ¿nada tiene que ver?

Pasamos entonces a la segunda etapa, la marxista. La transición comienza a efectuarla el propio Guevara, desde su artículo de abril de 1961 titulado "Cuba ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?" (reproducido en la Monthly Review. Octubre 1963. Edición argentina)

Y luego, más decididamente, en setiembre de 1963, su trabajo "La guerra de guerrillas: un método", donde en realidad formula otra tesis que modifica la primera a nivel Latinoamericano, aunque no de modo plenamente conciente.

La historia no había corrido en vano, y las condiciones cubanas y latinoamericanas habíanse modificado. En especial, las cubanas. En efecto, ya la revolución había entrado en su fase socialista, se habían unificado los cuadros del viejo PC y los del 26 de Julio. El castrismo se reconocía "marxista-leninista", efectuaba su autocrítica, pero poco a poco fue la dinámica del movimiento castrista la que asimiló al viejo PC más que éste al castrismo. Luego de los dramáticos acontecimientos de Octubre de 1962, la épica determinación cubana de "Patria o Muerte" obtenía su más espléndida victoria moral, a la vez que Rusia conseguía la garantía de no invadir Cuba por parte de EE.UU., y retiraba los cohetes instalados en la isla. Paradójicamente, la crisis de Octubre del 62, en que se estuvo como nunca al borde de la guerra atómica, terminó afianzando la Coexistencia Pacífica. Pero también reforzó la autonomía de Castro en relación al respaldo soviético. El heroísmo reiterado de la revolución cubana le daba una posición de prestigio mundial y consolidaba su personalidad propia, afirmaba la posibilidad de una política independiente en relación a América Latina. Así fue que en discurso del 16 de enero de 1963, Castro toma ya la línea que culminará en la fundación de la OLAS. Castro retoma la teoría de la práctica del foco, afirma que en América Latina existen las condiciones objetivas para ello, que sólo faltan las "condiciones subjetivas" y, sin nombrarlos, enjuicia a los PC latinoamericanos que se envían en el "conformismo" o las ilusiones del "tránsito pacífico". El año 1963 desencadenará en toda América Latina la discusión acerca de la "lucha armada" y el "tránsito pacífico". En este contexto aparece el último artículo citado del Che Guevara.

a) ¿Es modelo el cubano?

Comencemos por el Modelo Cubano. Ahora ya en 1961 Guevara se plantea el fundamento del Modelo Cubano. "Se habla del excepcionalismo de la Revolución Cubana al compararla con las líneas de otros partidos progresistas de América y se establece, en consecuencia, que la forma y caminos de la Revolución Cubana son producto único de la revolución y que en los demás países de América será diferente el tránsito histórico de los pueblos". Analiza entonces los factores de "ese pretendido excepcionalismo". Reconoce factores excepcionales:

1) "El primero, quizás el más importante, el más original, es esa fuerza telúrica llamada Fidel Castro Ruz". Aquí Guevara parece demasiado tentado por los héroes de Carlyle, y explica la personalidad de Castro por ella misma, separándola de la totalidad histórica cubana.

2) La condición que podríamos calificar de excepción, es que el imperialismo norteamericano estaba desorientado y nunca pudo aquilatar los alcances verdaderos de la Revolución Cubana". "Qué golpe más inteligente y más hábil que quitar el dictadorzuelo inservible y poner en su lugar a los nuevos "muchachos" que podrían, en su día, servir altamente a los intereses del imperialismo. Jugó algún tiempo el imperialismo sobre esta carta de su baraja internacional y perdió lastimosamente". Lo indudable es que si el imperialismo envió emisarios a "calar la Revolución montuna, pero no pudieron extraer de ella el síntoma de peligro inminente", hay que concluir necesariamente en la índole demo-liberal del movimiento en que la guerrilla estaba inserta, con fórmulas radicales habituales en Cuba y en América Latina.

3) Habría una tercera excepcionalidad, que Guevara no considera tal, y es el apoyo o neutralización de la burguesía nacional" e incluso de latifundistas. "Así fuerzas no revolucionarias, ayudaron de hecho a facilitar el camino del advenimiento del poder revolucionario.

4) "Extremado las cosas podemos agregar un nuevo factor de excepcionalidad, y es que en la mayoría de los lugares de Cuba, el campesino se había proletariado por las exigencias del gran cultivo capitalista semi-mecanizado y había entrado en una etapa organizativa que le daba una mayor conciencia de clase. Podemos admitirlo. Pero... la Sierra Maestra, escenario de la primera colmena revolucionaria, es un lugar donde se refugian todos los campesinos, que luchando a brazo partido contra el latifundio, van allí a buscar un nuevo pedazo de tierra." O sea, el sitio más atrasado.

Se puede apreciar que este conjunto de excepciones reconocidas son sólo enunciadas, que no son evaluadas en conjunto, y que no sirven al Che para interrogarse por la verdadera índole de la revolución y sus profundos cambios interiores. Por el contrario, juega con la idea de "revolución" unívocamente, en situaciones equívocas, la toma idénticamente antes y después como si fuera siempre la misma, y de tal modo esa "revolución-en-sí" atravesó indemne diversos factores exteriores y extraños que se le acoplaron o separaron sucesivamente. Es así como Guevara elude justamente el problema de las dos etapas revolucionarias, de las dos revoluciones, y hace un continuo indiferenciado. Eso va a permitirle blandir la revolución indiferenciada y en sí, bajo la figura en sí de la guerrilla, ¡Cuántas cosas en sí! ¡"Noúmenos" kantianos que se visten y desvisten de fenómenos que nada nos dicen de aquellos!

Si las excepciones reconocidas de la revolución cubana son nada menos que su relación inicial con el imperialismo y la burguesía nacional y los latifundistas, parece que valía la pena cuestionarse acerca de qué revolución se habla sucesivamente. Pero eludir este asunto es indispensable para poder proclamar de modo indiferenciado que "la revolución" cubana dio la prueba verificadora del método guerrillero.

Debray sobre el punto no mejora la situación. Debray nos recuerda: "En el momento más intenso de la lucha clandestina, el 26 de julio podía recaudar fondos en pleno New York, en nombre de los "Derechos Humanos", aceptar la ayuda material de Pepe Figueros, presidente de Costa Rica, para la defensa de la democracia; recibir oficialmente del pueblo venezolano, recientemente liberado de la dictadura perezjimenista ayuda monetaria, y de Larrazabal, presidente de la Junta Democrática, un avión con armas, asegurar una notoriedad mundial, muy protectora, gracias a las cadenas capitalistas de difusión, Life y Paris Match. Lo cual no quita nada a los métodos extraordinarios del 26 de julio, pero que es necesario recordar para evaluar lo que hay de cambiado en los movimientos equivalentes de hoy"(60). ¿Equivalentes? Pregunta por lo que hay de cambiado en lo equivalente, lo que es un modo de quitar importancia a lo cambiado. Y lo cambiado, según Debray, es el haber tenido el imperialismo a favor y no tener ya el acento liberal constitucionalista. ¿No está esencialmente afectada la teoría del foco por el cambio de condiciones, que es cambio de naturaleza del movimiento mismo?

"Ud. cree que un Mattews se desplazaría para entrevistarnos, o que un Figueros nos enviaría revólveres? me decía (a Debray) sonriendo, el responsable de una república independiente colombiana"(61). ¿No sería pertinente preguntarse, con semejante cambio, si la guerrilla no se problematiza? ¿Hubieran muerto Camilo Torres y De la Puente Uceda si su primer biógrafo en la guerrilla fuera un Jules Dubois? Nadie puede rechazar a priori que un movimiento guerrillero consciente y que responda a las contradicciones propias de su país pueda tener éxito. Lo que se cuestiona es la elevación a teoría y modelo normativo para toda América Latina de esa forma particular de lucha que es la guerrilla en base a la experiencia cubana. Y el hecho evidente es que la guerrilla cubana tal como fue no es modelo para lo que se pretende. Pues ha cambiado no sólo las condiciones sino la naturaleza política de la revolución que se quiere. De ahí el desesperado intento de Debray de ocultar el problema sosteniendo que no hay diferencia entre

tareas democrático-burguesas y socialistas, que lo peculiar de "la" revolución cubana ha sido eliminar esas etapas. Ya hemos visto que no es así. Que confunde la relativa identidad del sujeto con la indiferenciación de las etapas y a la vez, cosifica el sujeto revolucionario en pura identidad. Esta teoría de Debray sólo tiene un fin: salvar como Modelo a la revolución cubana. No lo consigue. No es cuestión de la revolución cubana, sino del Modelo del Foco, que los cubanos pretenden latinoamericanizar, tomándose a sí mismos como referencia probativa y ejemplar. Los argumentos de Guevara y luego Debray, no desmienten sino que confirman, no la excepcionalidad de la revolución cubana, sino la excepcionalidad de la teoría del foco tal como la formulan. Y en la medida que pretendan ligar el foco a la experiencia cubana, la excepcionalidad cubana. El Modelo tantas veces invocado, no es tal modelo. No existe el modelo cubano para latinamericanizar.

b) ¿Es modelo para América Latina?

Pasemos a América Latina. El otro artículo de Guevara, sobre la guerra de guerrillas, plantea: ¿un método o el método? Guevara se pregunta: ¿El método de la guerra de guerrillas es la fórmula única para la toma de poder en la América entera? o ¿será en todo caso, la forma predominante?, o simplemente ¿será una fórmula más entre todas las usadas para la lucha? y, en último extremo ¿será aplicable a otras realidades continentales el ejemplo de Cuba?" A lo que responde: "¿Por qué estimamos que, en las condiciones de América Latina, la guerra de guerrillas es la vía correcta? Hay argumentos fundamentales, en nuestro concepto, que determinan la necesidad de la acción guerrillera en América como eje central de la lucha". Y estos argumentos son:

- 1) Hay que destruir al ejército opresor, y para destruirlo hay que oponerle un ejército popular enfrente, y la guerrilla lo posibilita al no ser destructible fácilmente y poder emprender una lucha de larga duración
- 2) La situación actual del campesinado latinoamericano, su enorme importancia y las condiciones de explotación en que vive, facilitan la supervivencia y difusión del foco guerrillero y
- 3) El carácter continental de la lucha. "Dado el panorama americano, se hace difícil que la victoria se logre y consolide en un país aislado".

Por esto, la lucha debe comenzarse en cada país cuando las condiciones estén dadas, pero de modo que pueda irse extendiendo y sincronizando lentamente con los demás países. Y para eso, sólo la guerrilla puede tener el largo aliento requerido. Aquí puede apreciarse algo muy importante. El método de la guerrilla no se justifica por el Modelo cubano, sino con referencias a una estrategia global para América Latina. Esta estrategia puede prescindir si el modelo cubano existe o no. Pues el desarrollo del argumento se basta a sí mismo: su base es que la lucha será "continental" por ser improbable que la revolución se sostenga en un solo país, y que esa lucha continental sólo puede desarrollarse con el método lento y endémico de la guerrilla, difícil de sofocar en las condiciones del mundo agrario, y que permite una progresiva difusión hasta una especie de revolución armada simultánea a todo lo largo y lo ancho de América Latina. Esto no lo dice claramente Guevara, pero se infiere inmediatamente, Pero ahora la tesis tal como se formula nuevamente por Guevara, nada tiene que ver con el Modelo Cubano. Por el contrario, ahora se parte de muy otra base para la legitimación de la guerrilla: el carácter continental de la revolución latinoamericana. Continental, no en cuanto tenga que irse extendiendo por el continente victoriosa país por país, sino que sólo se puede realizar victoriosamente en cuanto tenga carácter plenamente continental. Y eso nos lleva de la mano, necesariamente al planteo

de la cuestión nacional latinoamericana. Guevara no lo hace así, simplemente la ignora aunque camine hacia ella. Ya hemos visto que Debray, por el contrario, la plantea y la rechaza explícitamente. No hay duda, sin embargo, que aquí Guevara pasa a un nuevo terreno, que modifica sustancialmente las bases de sus tesis primeras, las pone a otro nivel, y les hace adquirir congruencia y racionalidad. Pero esta nueva línea de justificación queda sumaria, enunciada y no justificada por un análisis en profundidad de las complejas condiciones históricas de América Latina. Hay pues una segunda tesis de Guevara sobre la guerrilla. Con esta segunda tesis Guevara contesta el problema con nuevos problemas, eso sí, de extrema importancia. Aún no se abandonan las vagorosas generalidades. Llama la atención el hecho que esta nueva fundamentación de la necesidad del método guerrillero no se haya ampliado y ahondado en los años siguientes. Sin duda, por el entrevero continuo, por la confusión incesante, que viene padeciendo con la otra justificación, la del Modelo Cubano. Este ha interferido esa nueva reflexión que, sin embargo, oscuramente, se abre paso a través de la política que culmina en la OLAS. Pero sigue en el aire. Sólo en germen.

Debray, como hemos visto, no aporta nada nuevo, y se sigue enredando de continuo en el Modelo Cubano. En ese sentido, es un salto atrás respecto del artículo del Che, aunque en otro sentido avanza y explicita las relaciones del castrismo en relación a los nacionalismos latinoamericanos y los Partidos Comunistas, a los que enjuicia desde el ángulo de un nacionalismo revolucionario, y configura la alienación latinoamericana que padecen. Su visión histórica de América Latina es más concreta que la de Guevara.

Hay además otro aspecto. No es la vieja teoría guerrillera ajena a la problemática marxista. Ahora hay que insertarla y justificarla en los esquemas del marxismo-leninismo al uso. Ya en 1963 aparecen en el Che las citas de Lenin. Debray, más idóneo por su discipulado de Althusser y su periplo por el PC francés y las posiciones chinas, tomará a su cargo directamente la justificación marxista-leninista de la guerrilla. Estamos ya en la segunda etapa de la revolución cubana, socialista, y la segunda etapa de la justificación teórica guerrillera. Aparecen las comparaciones con Mao, con Giap, pero para señalar la originalidad de los conceptos cubanos.

Debray mezcla indiscriminadamente las dos tesis de Guevara, y les pone el nuevo plumaje marxista-leninista, Y esto no amengua las contradicciones sino que las lleva al paroxismo. Se insiste en poner un pez de agua dulce (la guerrilla cubana) en aguas ultra saladas.

c) Las nuevas contradicciones

Ya hemos examinado las ocho conclusiones que Debray extrae como resultado de los años de lucha transcurridos y el "fracaso casi completo". De allí Debray reconoce que el castrismo "no es todavía un modelo triunfante, una estrategia estricta"(62). Y que no es todavía un "bello objeto de reflexión", lo que exige justamente la más seria reflexión.

¿Cuáles los límites reconocidos a las reflexiones de Debray? Nos dice: "Las notas aquí publicadas tratan de señalar una táctica y una estrategia hoy en día a prueba en toda América Latina y son por tanto, rigurosamente incompletas. Faltaría demostrar cómo la táctica castrista de la insurrección y de la toma del poder se conforma al sistema de contradicciones propias de cada país latinoamericano y cómo se basa en la teoría marxista-leninista"(63). Esta restricción enunciada en uno de sus trabajos, vale para los tres, que nosotros hemos usado en conjunto, autorizados por su unidad.

Ahora bien, la restricción es gravísima, pues reconoce: falta lo esencial. ¿Cómo puede responder Debray a la pregunta sobre qué queda de la teoría del foco en vista de la experiencia

latinoamericana acaecida? Pues tal restricción evapora nada menos que el contexto social en que se han movido las diversas guerrillas. ¿Cómo hacer evaluaciones? ¿Cómo extraer consecuencias? De hecho, Debray toma las vicisitudes de la guerrilla como acontecimiento no de una totalidad social, sino de la guerrilla en abstracto. Así, la restricción deja etérea toda la doctrina del foco. ¿Cómo poner a prueba una estrategia y una táctica si no se muestra cómo se conforman al sistema de contradicciones propios de cada país? Es incomprensible. Debray se saltea así lo fundamental ¿cómo sostener lo accesorio? No puede verse cómo se valida o no una experiencia del foco si se prescinde del "sistema de contradicciones propio de cada país". El foco se postula dogmáticamente, se queda en generalidades, no desciende a las particularidades, y por eso está aliado de suyo al voluntarismo político. Dogmatismo y subjetivismo, van de la mano a los tumbos.

A Debray le basta el Modelo cubano, al que da siempre por supuesto y no somete jamás a examen crítico. Y a la vez, usa el Modelo de dos maneras:

- a) lo agranda y compara todo con él, en detalles abstractos, y
- b) le suma alternativamente "ventajas" contradictorias entre sí.

Es decir, por momentos le conviene en la argumentación acentuar el carácter populista del foco, por momentos el marxista-leninista. No discute si estos caracteres pueden darse simultáneamente, pues esto ya lo resolvió previamente con la teoría del "proceso indiferenciado" de la revolución. Ese continuo de las "etapas" confundidas permite a Debray mezclar impunemente el viejo odre del foco con los nuevos vinos marxistas. Y, según el problema, Debray sirve vino blanco o vino tinto, sin mezclarlos, pero diciéndonos que es el mismo. Así, el foco "borra en su seno distinción de partidos o doctrinas" entre combatientes, es "unidad de los sin partido y de todos los Partidos", que sólo define la lucha armada. Imposible mayor movimientismo informe. Pero por otro lado, se nos dice que la lucha armada se realiza dentro del cuadro de "la política como ciencia", que está subordinada al análisis profundo de las condiciones. Y esto ¿cómo se puede pensar? Para Debray y el castrismo ¿con el marxismo-leninismo o con la exigencia de la lucha armada misma? Nunca lo sabremos con claridad. Ora el marxismo es necesario, ora es prescindible, y basta el foco.

En realidad todo se funda en una certeza indemostrable, a través del mismo foco. "La certeza de que en las condiciones especiales de América Latina el dinamismo de las luchas nacionales las hace desembocar en una adhesión consciente al marxismo, es otra de las razones que explica el predominio dado por el castrismo a la práctica de la lucha revolucionaria armada, por encima de sus rótulos ideológicos"(64). Aquí estamos en el meollo de la segunda fase, la marxista, de la teoría del foco. ¿Por qué esa certeza? ¿No será una versión idealizada y mitológica de la Revolución Cubana? "¿Esta confianza puesta en el valor radical de la práctica del foco, la cual engendra a los dirigentes, a los cuadros del futuro Partido y hasta su propio campo teórico ¿no será acaso el homenaje inconsciente del castrismo a su propia historia pasada, superada pero jamás renegada, ya que la autocrítica no hace sino ratificar una vez más el carácter creador e incompleto de toda práctica revolucionaria"(65). ¿Qué contesta Debray a su inquietud? ¿Con un análisis histórico? ¡No! Con la comprobación tautológica de que lo que fue u ocurre en los que profesan el castrismo y su teoría del foco. El castrismo se verifica en los castristas. "Para un castrista honesto el marxismo es una teoría de la historia justificada y verificada en su propia historia personal"(66). Terminamos así siempre en la garantía suprema de honestidad, sinceridad, honradez, de los que empiezan el foco. Lo que es un "psicologismo" poco digno del discípulo de un "estructuralista". Pero Debray busca también una explicación "estructural" en

las condiciones materiales de la vida guerrillera en la selva, que de suyo generarían necesariamente la proletarianización moral e ideológica del foco. Lo que revela simultáneamente un estructuralismo mágico, antojadizo y ocurrente.

Si Debray esgrime sinrazones para justificar el "innatismo" marxista del proceso del foco, por otro lado debe recurrir a la explícita referencia al marxismo-leninismo, principio y resultado educativo. Pues si el foco y el partido entran en pugna, si el foco, en su segunda etapa de formulación, adquiere una dimensión crítica contra los PC, tanto el foco como los PC invocan al marxismo-leninismo. ¿Cuál? El marxismo-leninismo de los PC es bien conocido: la versión de la burocracia soviética de Marx y de Lenin. Pero el del foco es el mismo. Y aquí un nuevo problema. ¿El mismo marxismo-leninismo sirve al PC y al Foco? Se nos dice que el Partido no sirve, pero sí el marxismo-leninismo, que es el mismo de esos Partidos. ¿Se pueden separar? ¿Cómo y qué consecuencias tiene esa separación? ¿El cielo marxista leninista cambia de planetas, foco o partido, inmóvil? ¿O existe un marxismo-leninismo en sí? ¿Cuál es? Todo esto se elude. Pero además, Debray nos explicó bien cómo el "marxismo-leninismo" latinoamericano estaba desarraigado, era mecanicista, importaba esquemas que no servían, que no nos había dado en medio siglo ningún teórico latinoamericano medianamente atendible. Lo que es muy cierto. Pero entonces ¿Cómo se rompe esa alienación? ¿Con la práctica del foco? Y cómo se funda el foco ¿en ese marxismo alienado y mecanicista?

Pareciera que el castrismo se apoya en una confianza irracional: que todo guerrillero, proveniente de todos los partidos y doctrinas, en contacto con la naturaleza, con las dificultades de la subsistencia y el sacrificio militar, será el mejor "marxista-leninista". Un marxista-leninista que no sea rótulo, mecanismo y alienación, como el que informa la práctica de muchos PC. Y a la vez el foco, para educarse científicamente, para analizar las condiciones de su surgimiento, deberá recurrir a los textos alienados y mecanicistas de marxismo-leninismo de esos PC. Se cae así en un perfecto círculo vicioso. El marxismo-leninismo que invocan continuamente el castrismo y Debray parece estar en el Topos Uranios, ajeno a la práctica de los PC. Se ataca una práctica y no la teoría de esa práctica. ¿Debray hace también separaciones platónicas?

En suma: Debray no verifica el Modelo ni en Cuba ni en América Latina, lo que no le impide afirmarlo dogmáticamente. Sólo piensa en términos de mejorar el modelo, pero el modelo mismo es intocable. No cuestiona jamás el modelo mismo. Y a este le yuxtapone inorgánicamente las exigencias de un "marxismo-leninismo" que por un lado presupone y, por otro, dice que está alienado en América Latina, etc. La fase marxista de la teoría del foco no hace más que agigantar la incongruencia de las fórmulas. El pez guerrillero cubano fue de agua dulce y se quiere poner de ejemplo a los peces de agua salada. Para eso se argumenta: se confunden el agua dulce y el agua salada (continuidad indiferenciada demo-crático-burguesa y socialista) y es el mismo pez guerrillero ("la" revolución) el que transita idéntico ambas aguas, que ahora son también una sola. La teoría del Foco sólo puede sostenerse en base a esta doble y artificiosa mezcolanza y la representa.

Todo esto es cierto, pero no alcanza. No basta señalar que un pensamiento es incongruente o insuficiente. Es necesario un paso más, preguntarse ¿por qué, en determinado momento histórico, los hombres se aferran a pensamientos insuficientes? ¿Por qué los cubanos insisten en la teoría del foco? ¿Qué expresa esto de la situación cubana? ¿Qué necesidades reales manifiesta? ¿Qué significa como síntoma de una circunstancia histórica? Son interrogaciones capitales. Si los críticos marxistas del castrismo no se las formulan, no es razón para no hacerlas. La incapacidad de formular y responder a estas preguntas, hasta ahora, pone a la luz hasta qué

punto nos encontramos con un "marxismo-leninismo" latinoamericano puramente ideológico y sin un método concreto de comprensión de la realidad.

¿La discusión entre la Revolución Verde Oliva y los PC es sólo por una cuestión táctica? ¿O es una forma de despliegue de una lucha más profunda y esencial? ¿No será el modo particular en que estalla el conflicto entre un nacionalismo revolucionario socialista y los PC satelizados en la órbita de Moscú? ¿No denota una profunda crisis del marxismo latinoamericano?

Así, más allá de la crítica racional a la teoría del foco, se impone preguntar ¿qué raíces nacionales y sociales cubanas tiene la teoría del foco? ¿Qué necesidades expresa? ¿Qué congruencia tienen sus incongruencias con la realidad? Como no conocemos directamente la realidad cubana, nuestra perspectiva será desde su reflejo latinoamericano, la reciente conferencia de la OLAS.

Notas:

Las ediciones de las tres obras de Debray son ya innumerables en América Latina. Las citas serán:

A "América Latina: algunos problemas estrategia revolucionaria", Banda Oriental, Montevideo.

C "El Castrismo: la larga marcha de América Latina", Cuadernos de Marcha, Montevideo.

R "Revolución en la Revolución", Revista América Latina N9 1, Montevideo.

(59) C. pág. 53.

(60) A. pág. 52.

(61) A. pág. 52.

(62) C. pág. 41.

(63) C. pág. 41.

(64) C. pág. 69.

(65) C. pág. 67.

(66) C. pág. 67.

V - La OLAS, ¿Revolución en la Coexistencia?

La OLAS es culminación de un proceso. Podría fijarse en 1963 su arranque, perfilándose la independencia de la línea cubana respecto a Moscú, en relación a América Latina. El conflicto no es directo, sino que toma como campo principal a los PC de América Latina. El desencadenamiento fue la disputa acerca de la "lucha armada" o el "tránsito pacífico", con diversas fases de crispamiento o moderación. Declaraciones eclécticas y transaccionales como la declaración conjunta de Castro y Krushev de mayo del 63, dejaron a cada cual su chance. Todo se enquistó luego en bizantinismos, en una disputa abstracta que nada hizo avanzar en la comprensión histórica concreta en América Latina. Lo general quedó como generalidad y lo peculiar como peculiaridad, sin conexión recíproca entre sí, en la dinámica latinoamericana. Es que discutían desde el "foco" o desde los PC, que Debray califica de "positivistas", "mecánicos". Cada uno se mantuvo en sus trece, y los conciliadores aparentes como Arismendi en su justo medio, dejaron el foco para el futuro y la ruta pacífica para el presente, sin preguntarse sobre la congruencia de uno con otro, y su ensamble, y aceptando indiscriminadamente ambos. La yuxtaposición arregla todo y facilita no pensar nada. La yuxtaposición se exaspera o se amengua, pero sus términos siguen incambiables. Las distintas

vicisitudes hasta hoy no modifican sustancialmente los planteos escolásticos. Pero la OLAS se inscribe como la etapa más radicalizada y endurecida de esa disyuntiva. La polémica se caracteriza así por la dosificación de la mezcla y de tal modo el hibridismo contagia a todos ¿cómo es posible?

Es que la Cuba Revolucionaria no puede prescindir de la Rusia coexistente, y la Rusia coexistente de la Cuba revolucionaria. Y ambas políticas se perturban y contaminan, inevitablemente.

Lucha armada y tránsito pacífico, son los extremos límites de la posibilidad de desarrollo del Tercer Mundo. No parece que puedan coagularse ni significar en toda situación lo mismo. Ciertamente es que, al límite, no es admisible que haya un tránsito pacífico y no violento en la liberación nacional, lo que no implica que desde ya y en general, la ruta sea necesariamente guerrillera o apronte para ella. Que una táctica monopolice y condicione toda la estrategia, en función de un maniqueísmo igualador. Lucha armada y tránsito pacífico son fórmulas políticas extremas y abstractas. Pero la Coexistencia Pacífica necesita postular transítos pacíficos (ya EE.UU. ya Rusia). Y el Tercer Mundo por el contrario necesita reconocer y no temer el rol de la violencia, pues no le cabe esperar la renuncia a la violencia por parte de sus dominadores. Lo que no implica "hic et nunc" la lucha armada como único camino. Las rutas históricas son más tortuosas y complejas que esto. La URSS coexistente prefiere como vía revolucionaria la emulación competitiva (reverso rosado de la Alianza para el Progreso), el tránsito pacífico, lo que es utópico como resolución del problema, pero un ingrediente cierto, importante, de la realidad. Cuba refleja la desesperación del Tercer Mundo, la impaciencia por romper el círculo vicioso de la pobreza y la explotación. Y así, la política cubana no es la Revolución en la Revolución, sino la Revolución en la Coexistencia. Pero una Revolución identificada con el Foco. Tal el significado de la OLAS y las tensiones dramáticas que pone al descubierto.

Las dos políticas: Guevara y Budin

Abril fue rico en acontecimientos: la Conferencia de Punta del Este y el Mercado Común, la guerrilla boliviana y Debray. También se publicó por el secretariado de la Tricontinental (OSPAAAL: Organización de Solidaridad para los pueblos de África, Asia y América Latina) el mensaje "Crear dos, tres... muchos Viet Nam, es la consigna" de Guevara, misterioso ausente durante tres años.

El mensaje se dirige al Tercer Mundo y plantea la estrategia de lucha contra el neocolonialismo de las sociedades opulentas, encarnadas en la cúspide de su poder por EE.UU. Esta estrategia es sencilla; Guevara amplía a escala de los tres continentes subdesarrollados y dependientes, su segunda tesis sobre la razón y fundamento de la táctica guerrillera. Y varía también el modelo de experiencia: ahora es Vietnam. En efecto, como el imperialismo es un sistema mundial "hay que abatirlo en una gran confrontación mundial". La decisión de EE.UU. de "no permitir otra Cuba", indica que está dispuesto a recurrir a intervenciones directas cuando las oligarquías no resistan los estallidos insurreccionales. Así ha ocurrido en el Vietnam, donde quiere hacer un castigo ejemplar. Y bien Vietnam muestra hasta qué punto un pueblo lucha por su liberación y los Estados Unidos se han empantanado en una guerra interminable, a pesar de sus terribles instrumentos de destrucción. Y no sólo el mundo se conmueve por la tragedia de ese pueblo, sino que se producen graves disturbios en el seno de la opulencia norteamericana: los negros oprimidos son la vanguardia de una creciente inquietud. Ellos también tienen su "tercer mundo" en casa. Hay que crear pues un segundo, un tercer Vietnam, obligar a EE.UU. a salir de casa, disgregar sus esfuerzos represivos, comprometer directamente a su pueblo en la mantención del dominio. No dejarle sosiego. Enfrentarlo al ejercicio de la brutalidad ostensible y no callada,

poner en crisis la conciencia moral de su pueblo, que no está ideológicamente preparado para tan oprobiosa tarea. Será hacerle sentir en carne propia las bases miserables de su opulencia, la visualización de la "american life" como internacional del crimen. "Todo esto va provocando la represión interior en los Estados Unidos; va haciendo surgir un factor atenuado por el imperialismo en pleno vigor, la lucha de clases aun dentro de su propio territorio. ¿Cómo podríamos mirar el futuro de luminoso y cercano si dos, tres, muchos Vietnam florecieran en la superficie del globo, con sus golpes repetidos al imperialismo, con la obligación que entraña para éste el dispersar sus fuerzas, bajo el embate del odio creciente de los pueblos del mundo"? Eso significa brotes innumerables, una guerra larga. Es el camino de la lucha armada por doquier, pues en general, las condiciones están "maduras". "Es casi la única esperanza de victoria".

Pero Guevara tropieza de inmediato con un gran obstáculo en su estrategia: Vietnam es también ejemplo de cómo el campo socialista prefiere jugar, a pesar de todo, la carta de la Coexistencia. Ataca entonces esa "penosa" realidad: "con la amenaza de guerra, los imperialistas ejercen su chantaje sobre la humanidad, no temer la guerra, es la respuesta justa". Y esto le lleva a una crítica abierta a la actitud de los Estados Socialistas y compara su ayuda con "el estímulo de la plebe a los gladiadores romanos".

La respuesta pública rusa no se hizo esperar demasiado. El más claro índice de ella es "¿Dos, tres... otros Vietnemes?" por Stanislav Budin (revista "Repórter" del 2 de junio, órgano de la Unión de Periodistas Checoslovacos). Cuestiona el meollo de la tesis de Guevara: "Asegurar que del hecho de que el imperialismo es un sistema mundial resulta que debe ser abatido en una confrontación mundial, o sea, en una lucha grandiosa a escala mundial, en la cual una cantidad de Vietnemes obligarán al imperialismo a dispersar sus fuerzas para ser derrotado, significa caer en ilusiones peligrosas y emprender el camino del aventurerismo que ignora todas las leyes de desarrollo de la sociedad, sobre todo la ley de desarrollo desigual del capitalismo". También critica a Guevara por su homogeneización abstracta de América Latina, su ignorancia del rol de las burguesías nacionales, que resisten vacilantes, pero que han evitado, hasta hoy, la FIP, etc. Y luego pasa a la tesis de la emulación competitiva: "el esfuerzo de los regímenes burgueses en América Latina por desarrollar las relaciones comerciales con los países socialistas es un hecho resueltamente antiimperialista..., el desarrollo de las relaciones económicas constituye un paso importante para romper la explotación monopolista del continente, por los monopolios norteamericanos, y que las relaciones constituyen el primer paso importante hacia el desarrollo de otro tipo de colaboración -sobre todo política y pacífica- con el mundo socialista". Esta tesis ya había sido expuesta por Debray para criticarla y mostrar la índole "reformista" de los PC en América Latina (67). Finalmente, Budin rechaza la acusación que los países socialistas no ayuden a Vietnam y reafirma simultáneamente la necesidad de "paz para el Vietnam". Se comprende que la política rusa repudie con horror la creación de otros Vietnam, y Budin agrega: "¿Están las masas populares en América Latina preparadas para tales sacrificios?, ¿es que han llegado a una disposición de ánimo tal que están listas para ir a la lucha y a la muerte, conscientes de lo que les espera y lo prefieren a vivir en el orden existente? Únicamente en caso que pueda dar respuesta positiva a esta pregunta tiene derecho a preparar su ataque "mundial" contra el imperialismo. Sin embargo, si la situación no ha madurado hasta ese punto, si las masas populares incluso en América Latina ansían la paz y no otros Vietnemes, si no están dispuestas a los terribles sacrificios que les profetiza Guevara, entonces ese llamado a una guerra revolucionaria de guerrillas en continentes enteros solamente puede tener como consecuencia un romanticismo que nada en las nubes y que ignora la realidad, por cierto desagradable, pero muy real. La transformación revolucionaria de la sociedad es un proceso complejo de fondo, que atraviesa diferentes fases, en el cual alternan diferentes métodos de

lucha, y los métodos violentos pueden ser -pero también pueden no ser- tan sólo su culminación. La lucha armada universal que abarca continentes enteros y a la cual llama Guevara y que ignora las condiciones específicas de cada país y de cada pueblo, por lo tanto, no puede ser instrumento de esa transformación".

En suma, dice Budin: la paz es el socialismo y el socialismo es la paz, y solamente el imperialismo significa la guerra y terribles sufrimientos. "Mientras que la mayor atracción del socialismo estriba precisamente en que la humanidad se va convenciendo que el socialismo significa la paz, Guevara quiere convencer de que el socialismo significa la guerra". Con sus "posiciones de soberbia", "Lo que propone aquí Guevara por cierto recuerda mucho al anarquismo y a Bakunin, pero tiene muy poco en común con el marxismo revolucionario". "Fue Bakunin con todo su romanticismo revolucionario -que tanto recuerda al romanticismo de Guevara- quien se imaginaba la revolución como una cadena de insurrecciones revolucionarias en diferentes partes, bajo cuyos golpes se derrumbaría el capitalismo".

Las dos políticas están claramente contrastadas. Budin tiene razón en rechazar la receta universal y mágica del Foco, que además es improbable que se creen otros Vietnam ¿Olvida Guevara que Vietnam, aparte de sus factores internos, tiene sus espaldas cubiertas y mantiene vasos comunicantes con China y demás países socialistas, aunque estén en grave disputa? ¿Que esa es la explicación de la "escalada"? Difícil que en otros lugares hicieran falta, por prescindibles, escaladas tan largas. Pero a la vez juega con ambigüedad y equívoco: "el socialismo es paz para los pueblos". ¿Paz futura o actual? La paz actual es la de su explotación, y si los pueblos miran hacia el socialismo es porque ven una vía de liberación. Guevara no ofrece la guerra, recoge el guante de la guerra del enemigo fundamental del Tercer Mundo. De tal modo, Budin quiere confundir coexistencia con socialismo y embrollar las aguas y eso conduce necesariamente a la idealización del antimperialismo de las burguesías nacionales, de su comercio con el Este, y de afirmar por consiguiente el rol "reformista" de los PC latinoamericanos e implícitamente casi convertirlos en agencias de "importación exportación", que es el revés de la postulación del choque seco y frontal de revolución versus contrarrevolución del castrismo. Se entiende bien ahora la doble presión a que están sometidos los PC satelizados: la "coexistente" rusa y el jaque de la revolución cubana que corre hacia planteos ultraizquierdistas. En lo que Budin y Guevara están de acuerdo es en negar o ignorar la cuestión nacional latinoamericana, y condenarse por ello a la más superficial visión de la problemática latinoamericana. Pues la cuestión afecta de raíz todos los problemas, las evaluaciones políticas, desde las tareas de industrialización hasta las luchas de liberación y por el socialismo, pasando por el rol de las burguesías y proletariados, etc. en los fragmentos parroquiales que los escinden y raquitizan.

La Conferencia de las OLAS

La OLAS nace como consecuencia de la Tricontinental de 1966, impulsada por una idea de Salvador Allende. No sin resistencias. Algunos partidos comunistas, como el argentino, se opusieron y no fue recibida con agrado por Moscú. Y esto, a pesar de que Castro acababa de romper espectacularmente con los chinos y denunciado en el peor lenguaje stalinista a los "trozkistas" guatemaltecos. ¿Un paso atrás para dar dos adelante? Lo que pareció en un momento acatamiento a la Coexistencia, se trasmutó en aceleramiento de la Revolución por el Foco. Es que la ruptura con los chinos era una reafirmación nacional, para evitar confusiones alienadas. Esa vocación nacional se centraba, de suyo, en la Habana, y no en Moscú ni Pekín. La OLAS será su expresión.

1967 puso el énfasis en la tirantez de la línea cubana y las necesidades de la Coexistencia. Algunos guerrilleros cubanos en Venezuela, que alborotaron a Leoni, ruptura del PC venezolano que repudia la "lucha armada", crisis con los países socialistas por sus empréstitos a gobiernos latinoamericanos, como al del colombiano Lleras Restrepo, que reprime guerrillas. Más allá de las anécdotas, y en ellas, están en juego dos concepciones antitéticas y globales, y sus modos de particularización.

Se introdujo también un nuevo agravante: la crisis del Medio Oriente. En efecto, fue el más terrible golpe contra la organización política del Tercer Mundo, la desmantelación del ciclo que corre desde Bandung en 1955 hasta la Tricontinental. Desde Sukarno en Indonesia y Kruma en África, los contragolpes se habían ido sucediendo, y ahora alcanzaban el vértice, la columna vertebral del Tercer Mundo, que es el Egipto de Nasser. La agresión israelí dejó al Tercer Mundo totalmente desarticulado y postrado. Y Cuba critica ásperamente el retroceso soviético en el Consejo de Seguridad, que no exige la vuelta de los beligerantes a sus posiciones de origen. Estados Unidos toma ventaja ostensible como superpotencia mundial, y en Glassboro se ratifica el repliegue ruso. Cuba aparece así como el significativo reducto del Tercer Mundo de pie. En estas circunstancias será la Conferencia de la OLAS, en el año cubano del "Vietnam heroico".

Moscú no puede ni dejar Cuba, ni permitir que los PC latinoamericanos adopten la línea cubana. Tomó entonces una ruta media, de ablandamiento paulatino: algunos partidos comunistas, como el argentino y el brasileño ¡nada menos!, hacen boicot a la Conferencia; otros concurren e intentan "mediar", es decir, resistir en los puntos neurálgicos: la condena al PC venezolano y el repudio a la política de empréstitos, donde en el fondo, todo está en juego entre ambas concepciones. El fin es impedir el monopolio Castrista del área latinoamericana y conservar libertad de acción. Por otra parte, la URSS ataca indirectamente a la OLAS desde la prensa prosoviética de Europa Occidental y Central a la vez que, paciente, mantiene su apoyo económico-político a Cuba misma. Señala así sutilmente su diferencia de Cuba y la dependencia de Cuba a su favor. Su poder le da fuerza para la paciencia y el ablande. ¿Cómo romper con el protector? Las fuerzas propias de Cuba, aunque decididas, son limitadas. Se dice que recibe 500 millones de dólares anuales de ayuda.

La Conferencia de la OLAS fue presidida por un gran retrato de Bolívar y su frase "Para nosotros la Patria es América" era el lema con que comienzan los enunciados de la primera Comisión, lo que no le impidió citar como prócer a Sarmiento, uno de los hombres que más han despreciado a la "barbarie" latinoamericana. Esa presencia de Bolívar es de inmensa importancia, señala el avance en profundidad nacional de la Conferencia. También el hecho que el comandante Guevara haya sido proclamado de "nacionalidad latinoamericano". La cuestión nacional aflora de continuo, aunque reprimida por el híbrido concepto de la "Revolución Continental", que se esfuerza en mantener todo en su viejo sitio. En realidad, los planteos de la Conferencia de la OLAS han sido expresados por Debray, y a ellos ya nos hemos referido ideológicamente. La OLAS no aporta en este sentido, nada nuevo, aunque sí en el terreno práctico, de esfuerzo concreto unificador y solidario latinoamericano. Reitera que los principios del marxismo-leninismo orientan al movimiento revolucionario de América Latina y que la lucha revolucionaria armada constituye la línea fundamental. La OLAS se levanta sobre la teoría del Foco.

Ya hemos formulado nuestra crítica al respecto. Y el discurso final de Castro no hace más que confirmarla. En efecto, ¿qué referencia explícita hace al marxismo leninismo? "La propia literatura marxista, la propia literatura política revolucionaria debiera remozarse, porque a fuerza de repetir clisés, frasecitas, palabritas, que se vienen repitiendo desde hace 35 años, no se conquista a nadie, no se gana a nadie. Hay veces que los documentos políticos llamados

marxistas dan la impresión que se va a un archivo y se pide un modelo... Y muchas gentes dicen que esto es el marxismo ¿y en qué se diferencia de un catecismo, y en qué se diferencia de una letanía y de un rosario?" Fidel compara dos cosas de muy diferente propósito, pero el espíritu es claro: condena a toda una escolástica marxista que hace estragos en América Latina. ¿Pero eso, de dónde sale? ¿Cómo se produjo? Ya nos los explicó Debray: por la alienación de los PC latinoamericanos. ¿Y ese es el marxismo con que Castro tiene que educar a Cuba y al Foco? ¿El marxismo que hoy está centrado en la Coexistencia? Si no es ese, ya no sabemos a cuál se refiere. Intelectualmente, para la comprensión directa de América Latina, ese marxismo-leninismo ha aportado poca cosa y se ha endurecido en clisés. Pues marxismo que no es situacional, no sirve para nada. Y a propósito de Bolívar, podríamos recordar que Marx escribió sobre el Libertador los más grandes disparates o que justificó el atropello yanqui a México, lo que por supuesto no sirve para invalidar las tesis del "Capital", pero sí para advertir que conocer "El Capital" no es conocer todavía a América Latina. Y lo mismo de Lenin, que murió hace casi cuarenta años y sólo hizo referencias vagas sobre América Latina. ¿Y alguien puede creer que Debray y el Foco han latinoamericanizado al pensamiento marxista? El propio Debray reconoce: "Una cosa es hacer la guerra y otra ganarla. Hoy en América Latina, ganar la guerra contra el imperialismo exige un gigantesco trabajo teórico"(68). Fidel expresa esa necesidad, sin trascenderla.

La pobreza y contradicciones del Foco se vinculan a las del marxismo-leninismo al uso. Y a la vez el Foco simboliza dos necesidades y dos casi impotencias de la realidad cubana.

Es así que el castrismo no puede replantear al marxismo-leninismo, no puede tocar la raíz de la alienación de los PC latinoamericanos, porque Cuba misma depende en gran medida del sostén de Rusia. Entonces escapa por la tangente, y su necesidad de acelerar la revolución latinoamericana, se objetiva en una táctica elevada a estrategia. Debray nos dice: "La desgracia quiere que el buen camino, el único practicable, parta de datos tácticos para elevarse a definir una estrategia... Esa lenta ascensión de la táctica a la estrategia, que ella envuelve y a la cual apela a la vez, acompañada de la experiencia de todos los escalones intermedios, es un poco la historia de la revolución cubana, y es también una buena regla de método para el aprendizaje práctico"(69). Pero esto no es cierto, toda táctica implica una estrategia, y suponer lo contrario es caer en un empirismo vacío de concepto, en Hume y no en Marx. De tal modo, el castrismo, sintiendo las insuficiencias nacionales del marxismo oficial, no inquiere hasta el fin sus razones profundas y escamotea el asunto elevando una táctica a estrategia. Pero como esa estrategia tiene la apariencia de táctica, entonces queda tranquilo con el viejo rótulo, a la vez que los PC se consuelan diciéndose que una mera táctica no vulnera sus estrategias. Y de tal modo, el hibridismo contamina a todos. Pues el mismo Debray puso a la luz para su justificación, como la teoría del Foco exige el "continuo indiferenciado de las etapas" y el innatismo empírico del sujeto idéntico y realizador de aquellas etapas. Así, la línea cubana expresa su necesidad nacional de la revolución latinoamericana bajo la forma burda del Foco, que indica simultáneamente su determinación y su debilidad en el repudio de la estrategia planetaria rusa.

Por otro lado, la teoría del Foco, en su simplicidad, permite el lujo de quedarse en generalidades homogéneas sobre América Latina y dispensarse del "gigantesco trabajo teórico" por hacer. La lucha armada alcanza. Y a la vez señala la lógica reacción cubana ante el bloqueo a que está sometida con la complicidad de todos los gobiernos latinoamericanos. Bien merece Frei los castigos de Castro porque su presuntuosa "Revolución en Libertad" no tiene inconveniente de participar en el cerco coactivo contra un pueblo hermano. En ese sentido. Franco es más independiente que Frei. Pero eso no puede conducir a meter en una bolsa a Frei con Castelo, etc. Es comprensible, pero políticamente no justificable. El rostro que soporta Cuba es el de la

OEA, pues ésta, a pesar de todo, no define totalmente a todos y cada uno de los gobiernos que la integran. Pero la realidad maniquea del bloqueo a Cuba empuja a los cubanos a una respuesta política maniquea. La singular negación que hace el Foco de las burguesías nacionales, responde a ese maniqueísmo e inhibe a Cuba de una diplomacia matizada en relación a los países latinoamericanos. La OEA es expresión última de la situación semi-colonial latinoamericana, pero no agota todas las políticas reales hoy imperantes en América Latina. Ninguna política es maniquea, aunque pueda tomar ocasionalmente un rostro maniqueo. Y con el Foco, Cuba abandona toda política y diplomacia en relación a América Latina, renuncia a vigilar y usar sus contradicciones internas.

En suma: la vía cubana del Foco conduce a un callejón sin salida, a enquistarse y reforzar el bloqueo de todos los gobiernos latinoamericanos sin distinción, y al ablandamiento sistemático por parte de los Coexistentes. Para Cuba es vital proclamarse marxista-leninista, pero ¿no vienen del Este las acusaciones de anarcocastroismo? ¿No es un modo de tomar distancias y descomprometerse? La tragedia de Cuba es ser vanguardia, en el sentido preciso en que sólo es liberación de un fragmento de América Latina, y ese fragmento pequeño y erguido no puede sostener una política totalmente independiente ¿puede solo un fragmento balcánico? ¿puede industrializarse?, etc. Las dramáticas contradicciones cubanas son símbolo de una gran vocación nacional en una nación todavía no cumplida. Cuba más que nadie, urge el planteo de la cuestión nacional latinoamericana.

Si he insistido en el aspecto del Foco, es porque entiendo es una receta mágica que pone en vía muerta, y que sólo excita los entusiasmos de una izquierda de piedad crispada y sin pensamiento. Puede traerse a colación la reflexión de un tomista, para definir aquella por una analogía, que bien conocemos los cristianos: "La piedad es útil para todo. De este dicho célebre, muchos espíritus religiosos, siguiendo una inclinación fácil, han concluido que esa misma piedad es suficiente para todo. El entusiasmo suple la doctrina, o más bien la sostiene con su sola fuerza. Esta recibe un empuje que la razón jadea en seguir. Al límite, la piedad no sólo dispensa de toda crítica, sino que la considera como devastadora. La razón deviene impía cuando se pone a criticar las cauciones de la piedad. Se le pide adherir no juzgar. Cuando el culto de las imágenes sobrepasa al de la realidad, esta disposición de espíritu se traduce por una indiferencia tanto a la cualidad de las imágenes como por el valor de las concepciones. El fervor compensa"(70).

Cierto, pero el fervor tiene su contracara: no es de suyo arbitrario, manifiesta la hondura existencial. Sin fervor no es realizable ninguna gran empresa colectiva. El fervor puede obnubilar al pensamiento, pero es la condición de su auténtico movimiento. Y así el Foco, inscripto en la realidad, tiene la inmensa positividad de sacudir la conciencia de América Latina: ha puesto sobre el tapete la dimensión y urgencia de la tarea por hacer y ha dejado ya testimonios que valen mil propagandas. Su repercusión trasciende largamente al ámbito de los "marxismos leninismos" al uso. Por ejemplo: ¿qué sería hoy el deshielo de la Iglesia, de los católicos latinoamericanos, sin el sacrificio de Camilo Torres? Los nuevos mártires generan nuevas potencias y tienden nuevas comunicaciones. Pero ningún mártir tiene por objetivo el martirio, sino el despliegue de la idea en la realidad. ¿Qué hubiera sido de los mártires cristianos si no hubieran fecundado y ahondado la teología? ¿Qué será de nuestros mártires latinoamericanos, si no fecundan al pensamiento político? América Latina tiene desde Bolívar, San Martín, Morelos, Artigas, hasta hoy, demasiados mártires y pocos arcos triunfales. Así, el martirio convoca necesariamente la reflexión crítica, porque el objetivo es elaborar políticas victoriosas.

La Revolución Verde Oliva no puede ni debe angostarse en el Foco, reducirse al Foco. El foco recibe la vida de ella, y no al revés. Ella está hoy en una fase terriblemente crítica, sola, y pone

a todos los que sentimos entrañables vínculos con el destino cubano, que atañe directamente al nuestro, en situación crítica. La Revolución Verde Oliva es un gigantesco revulsivo, y no se agota tampoco en exhibir la actual y profunda crisis del marxismo-leninismo de la "línea general" soviética. Ahora hemos hecho hincapié en este aspecto, en conexión con la dinámica del nacionalismo revolucionario y socialista cubano. Quedan muchas cuestiones pendientes. Pero comenzar a tomar conciencia cabal de las contradicciones específicas de las políticas latinoamericanas, de sus ambigüedades, de sus dimensiones positivas y negativas, es tarea pública -no cuchicheo de murmurantes- y condición imprescindible de nuevos pasos adelante. Y el próximo está ya a la vista: la cuestión de la unidad nacional latinoamericana.

Notas:

Las ediciones de las tres obras de Debray son ya innumerables en América Latina. Las citas serán:

A "América Latina: algunos problemas estrategia revolucionaria", Banda Oriental, Montevideo.

C "El Castrismo: la larga marcha de América Latina", Cuadernos de Marcha, Montevideo.

R "Revolución en la Revolución", Revista América Latina N9 1, Montevideo.

(67) A. pág. 65 a 68.

(68) A. pág. 90.

(69) R. pág. 56.

(70) "L'entrée en metaphysique". Ed. Gaboriau (Casterman, 1962).